



EL CORAZÓN SAGRADO DE LA ISLA

TENOCHTITLÁN-CENTRO HISTÓRICO

LA MEMORIA DE LA ISLA EN EL CORAZÓN DEL CENTRO HISTÓRICO



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO

fideicomiso
CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO

CIUDAD INNOVADORA
Y DE DERECHOS

**EL CORAZÓN
SAGRADO DE LA ISLA
TENOCHTILÁN-CENTRO HISTÓRICO**
LA MEMORIA DE LA ISLA EN EL CORAZÓN DEL CENTRO HISTÓRICO

CANEK HUERTA MARTÍNEZ

DIRECTORIO

Gobierno de la Ciudad de México

Claudia Sheinbaum Pardo
JEFA DE GOBIERNO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Loredana Montes López
DIRECTORA GENERAL DEL FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Ma. Enriqueta Lucrecia Valdés Herrera
COORDINADORA DE PROYECTOS ESPECIALES DEL FIDEICOMISO
CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

El corazón sagrado de la isla. Tenochtitlán-Centro Histórico

INVESTIGACIÓN
Canek Huerta Martínez

IMAGEN EN PORTADA
Mapa de Uppsala

©2022
Impreso y hecho en México.
Permitida toda reproducción citada la fuente.

EJEMPLAR GRATUITO

EL CORAZÓN SAGRADO DE LA ISLA

TENOCHTILÁN-CENTRO HISTÓRICO

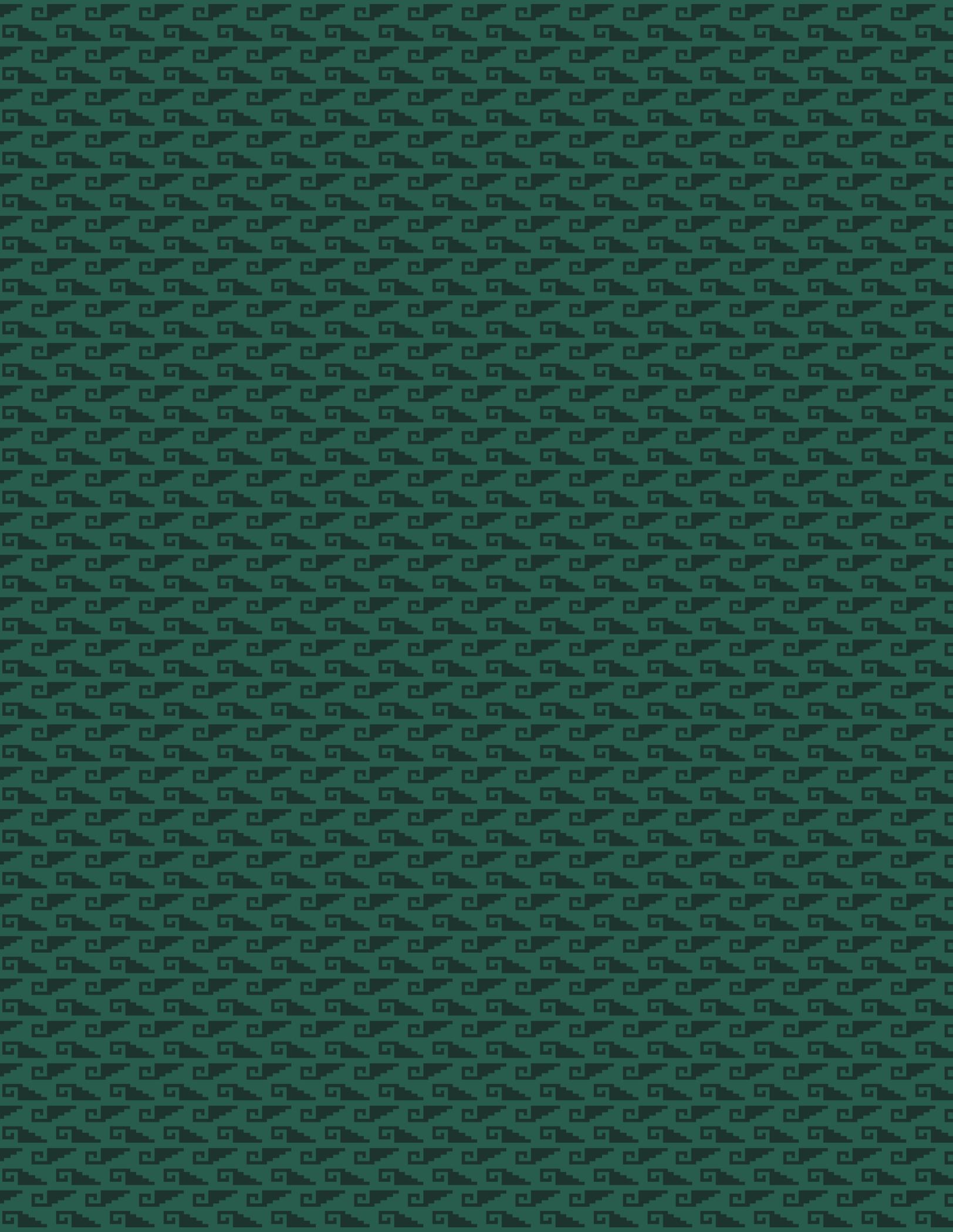
LA MEMORIA DE LA ISLA EN EL CORAZÓN DEL CENTRO HISTÓRICO

CANEK HUERTA MARTÍNEZ



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO





ÍNDICE

Huellas sobre escombros insulares. Elementos para una aproximación interpretativa	9
El corazón: La ciudad de México-Tenochtitlán	11
El contexto de estudio y definición de La traza de México-Tenochtitlán	15
Transformaciones formales del contexto lacustre respecto de la urbe	31
Huellas y rastros de cartografía indígena	34
Huellas del Mapa de Nüremberg	36
Reespacializar y redimensionar la traza insular	40
El trazo del perímetro de México Tenochtitlán	48
Sendero urbano, sobre escombros insulares y sus bordes con el lago	51
Referencias bibliográficas	57



Huellas sobre escombros insulares. Elementos para una aproximación interpretativa

Con el objetivo de redimensionar y retemporalizar visualmente el islote tenochca en el corazón del Centro Histórico para entonces delinear aproximadamente los linderos y límites del territorio insular, recurrimos a los trabajos que desde la ingeniería y arquitectura se han realizado desde los años 90 del siglo pasado (Huerta, 1994, 2007) para recorrer, caminar y observar *in situ* los esbozos y elucidaciones gráficas relativas a la disposición arquitectónica de la capital mexicana que a partir de sus trabajos en el extinto DDF, Olivares Larraguivel desarrolló durante más de treinta y cinco años. En esta dirección las notas bibliográficas de más de treinta y cinco fuentes que nos refieren Jordi Gussinyer i Alfonso (2001) y Serge Gruzinsky (1996), nos permiten conocer la manera en que fue configurándose una imagen visual o por lo menos gráfica de dicha capital a través de cierto tiempo.

En esta dirección que nos refiere a observaciones historiográficas y narrativas, problematizamos sobre las imposibilidades y límites interpretativos que precisan más bien como bosquejos los bordes de la antigua ciudad a partir de los acercamientos de Jiménez Martínez

(2019) y desde la arqueología de Hinojosa Baliño (2009). Esto es, las dificultades que tienen que ver con las fuentes primordialmente textuales por sobre el desconocimiento de planes o programas constructivos tenochcas, mexicas o aztecas.

Esta instancia crítica y problemática también nos permite reconocer este ejercicio como uno más entre la multiplicidad de prácticas que abrevan en un conocimiento necesariamente situado sobre la ciudad que habitamos. El año 2021 fue el marco para reconocer, dar luz y realizar diferentes proyectos relativos a la experiencia del lugar tenochca en el presente: Feike de Jong basado en el artista Tomás Filsinger, quien ha reconstruido y yuxtapuesto Tenochtitlán en plano de lo que hoy es la Ciudad de México, organiza y ha organizado con Santiago Arau caminatas por la orilla imaginaria o perímetro externo de la otra isla o islas, por lo menos desde hace cuatro años como lo registra Jon Martín Cullell (El País, 2018); a partir de lo que se han derivado exploraciones también situadas por diversos agentes sociales, vecinales, académicos y gubernamentales.

La singularidad que planteamos acá surge de una práctica situada nacida del sismo de 1985, a partir del que estudiantes, jóvenes, vecinos y diversos actores caminamos y nos cuestionamos sobre el devenir de los escombros, destrucción y colapso urbano en el espacio que hoy corresponde Centro Histórico: guiados por dos profesores de la facultad de Arquitectura de la UNAM entonces peritos (DRO) del entonces DDF, a partir de 19987-1988 interrogamos de manera general sobre el proceso de construcción, destrucción y reconstrucción específicamente de la parte norte del Centro; para veinte años más tarde en DIPIA. Diseño, Planificación e Ingeniería Ambiental realizar múltiples dibujos, esbozos, fotografías sobre las posibles reconstrucciones del islote, basados en *guías roji*, fotografías aéreas, cartografías del DDF, pero principalmente montajes fotográficos.

La perspectiva específica tendría que ver por una parte con la noción e imagen de voz en voz de varios vecinos, damnificados y trabajadores relativa a los escombros, en su saber y experiencia la palabra ruina o vestigio no cobran algún sentido propio, como lo son los escombros; y, formalmente con *El Tesoro de Cuauhtémoc* (Excélsior, 1994) y el *Exterminio del Anáhuac* (Huerta,

2007) en el contexto de la producción de la Megalópolis en la ZMVM como motor para una imaginería de larga duración en torno a México-Tenochtitlán: redimensionar los escombros sobre los escombros de los que somos parte y localizar sobre estos, en las calles, los bordes insulares alguna vez trazados y destruidos: huellas sobre los escombros insulares y lacustres.

De esta manera, la suma de miradas y esbozos que recoge el Fideicomiso Centro Histórico, rescata también rastros y fragmentos de una tentativa inconclusa, modificable y sustancialmente de aprendizaje común. Como ejercicio final se propone entonces una figura interpretativa que nos permita reconocer linderos relativos y las calles que inexactamente podrían corresponderse con las orillas de la isla de Tenochtitlán. Tomando en cuenta entonces, los recorridos y visualización situados, algunas ilustraciones mayormente significativas, los elementos narrativos y algunos otros estrictamente espaciales y técnicos, se invita al lector a caminar y reconocer en nuestra propia Ciudad Central los rasgos, sesgos y rastros de memorias relativas a la otra ciudad sepulta bajo el Centro Histórico, en la medida de que lo incorporemos.

El corazón: La ciudad de México-Tenochtitlán

Y todo esto pasó con nosotros.
Nosotros lo vimos, nosotros lo admiramos.
Con esta lamentosa y triste suerte
nos vimos angustiados.
En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos,
es como si bebiéramos agua de salitre.
Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.¹

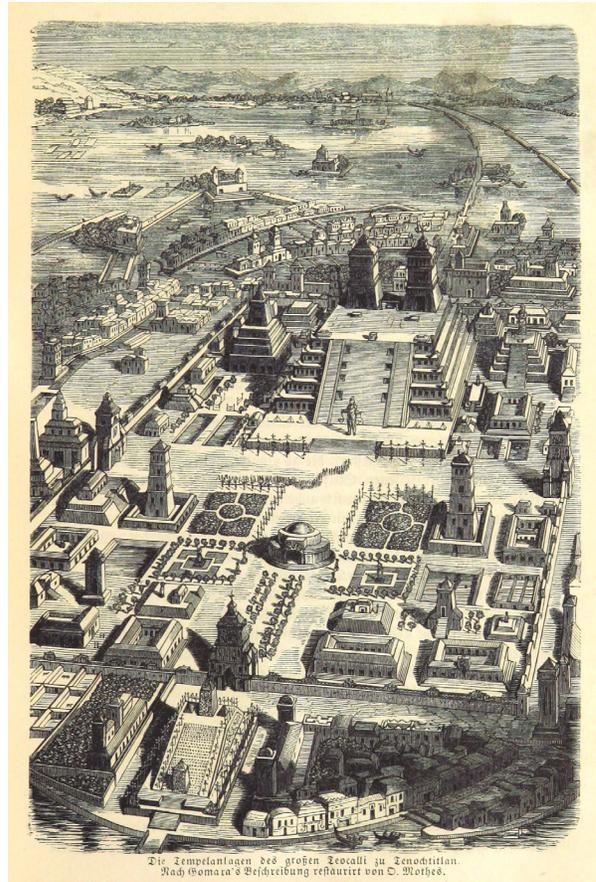
El año 1519 marca un parteaguas en torno a la observación de Tenochtitlán; extraños en ese entonces se observaron o expresaron sorprendidos por su construcción y configuración sobre un lago, así como por las obras de ingeniería e hidráulicas como sustrato materializado para desarrollar hábitos, prácticas y un modo de producción de vida para «establecerse y subsistir en un medio ambiente tan hostil, como lo era la zona palustre del Anáhuac, cuyo significado en náhuatl es: Vida en torno

al Agua» (Huerta, 2007:121). Fray Bernardino de Sahagún menciona en su Historia General de las cosas de Nueva España que el centro de Tenochtitlán, la cual llamamos corazón del islote, estaba constituido por setenta y ocho edificios, varios de los cuales, han sido develados por distintas excavaciones arqueológicas del Proyecto de Arqueología Urbana (PAU) y el Proyecto Templo Mayor del INAH. Algunas edificaciones, basamentos y estructuras han sido representadas e interpretadas gráfica, textual y visualmente en diversos registros, de divulgación e investigación, como se revisa ulteriormente.

Como lo mencionamos, la tentativa de esta aproximación interpretativa no tiene que ver con definir las características arquitectónicas que tuvo la ciudad de México-Tenochtitlán, sino una contextualización histórica y una mirada general sobre la disposición espacial en torno al lago: redimensionar con los lectores la importancia de un equilibrio relativamente estable pero también su destrucción (Huerta, 2007). Acamapichtli inició una proyección urbana e ingenieril de la capital del señorío mexica o popularmente formulada como azteca, reconocido también como primer tlatoani en el registro histórico tenochca. El folio 2r del Códice Mendocino ilustra la fundación de México-Tenochtitlán, que todos podemos reconocer por la imagen del águila sobre el nopal, en la que vemos cuatro afluentes perpendiculares de agua que dividen la ciudad en cuatro grandes áreas, parcialidades o campan, en náhuatl. Este ensamblaje cuatripartita se basa o proyecta en la concepción del cosmos a partir de los cuatro extremos del mundo cruzado en su parte central por un eje cósmico idealizado como una gran montaña con un árbol en la cima (García, 2019).

1 Anales históricos de la nación mexicana. Véase: M. León-Portilla (editor) Visión de los vencidos, México, UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario, 1992, p. 154-155.

Los nauhcampa o cuatro cuadrantes en que se dividió el altépetl mexica o azteca se reconocen desde una vista aérea en el sentido de las manecillas del reloj con los nombres de Atztacoalco, situada al noreste; Teopan al sureste; Moyotlan, al suroeste y Cuepopan, al noroeste. Después de la Conquista, registra Jiménez (2019) los españoles denominaron a dichas parcialidades con los nombres, respectivamente, de San Sebastián, Santa María la Redonda, San Juan y San Pablo. Y es a través de un proceso de construcción, reconstrucción y adecuación hidráulica fue que la ciudad creció progresivamente por medio de las chinampas: la capital insular abarcaba un espacio que fue delimitado por Alfonso Caso (1956) al norte, con límite en el Eje 1 Norte, donde existía una pequeña laguna o mejor dicho un amplio canal (el de Tetzontlalli) que separaba Tlatelolco de Tenochtitlán (Jiménez, 2019). Al oriente, el límite insular seguía una línea que iba por las actuales calles de Lerdo, Moctezuma, Zarco, Pedro Moreno, Guerrero y de ahí continuaba por la calle de Abraham González con dirección al sur, al llegar a lo que se corresponde con la calle Dr. Lavista, y parte de la calle de Lucas Alamán hasta la Calzada San Antonio Abad; para topar al sur hasta aproximadamente la Calzada Chabacano y concurrir con lo que actualmente es el Eje 2 Oriente «Congreso de la Unión», en su término oriental.



Mexico-Tenochtitlan, commonly known as Tenochtitlán, was an Aztec altepetl (city-state) located on an island in Lake Texcoco, in the Valley of Mexico. Founded in 1325, a thriving culture developed, and the Mexica civilization came to dominate other tribes around Mexico. The small natural island was perpetually enlarged as Tenochtitlan grew to become the largest and most powerful city in Mesoamerica. The city was connected to the mainland by causeways leading to the north, south, and west. The causeways were interrupted by bridges that allowed canoes and other traffic to pass freely. The bridges could be pulled away, if necessary, to defend the city. The city was interlaced with a series of canals, so that all sections of the city could be visited either on foot or via canoe. It was captured by the Spanish in 1521. Today the ruins of Tenochtitlán are located in Mexico City's downtown. Image taken from page 217 of «Das alte Mexiko und die Eroberung Neuspaniens durch Ferdinand Cortez», 1865. British Library

A partir de estos contornos lindantes, retomados acá, redimensionamos lo que abarcaba la urbe mexica y, podemos acercarnos a su núcleo urbano; su centro es conocido como «Recinto ceremonial» y según las investigaciones arqueológicas, este vivió rodeado por una plataforma cuadrangular que medía 460 metros de norte a sur y 430 metros de este a oeste, alcanzando una dimensión cercana a los 197,800 m² (López Austin y López Lujan, 2009: 215).

La urbe resultante de todo este proceso fue conocida como México-Tenochtitlan por los españoles, o simplemente como México. Para comunicarse con tierra firme los tenochcas construyeron tres calzadas: al oeste la de Tlacopan que unía la isla con la población tepaneca del mismo nombre, construída probablemente antes del acceso de Chimalpopoca (1.417-1.427) al poder;12 al sur la de Itzapallapan, construída en tiempos de Itzcoatl (1.427-1.440), que unía el centro de la ciudad con esta última población y con Xochimilco; al norte la del Tepeyacac, que unía Tenochtilan con el poblado homónimo, donde existía un templo dedicado a Tonantzin —Nuestra Venerable Madre—, considerada como madre de los dioses. Hacia el este corría una corta arteria que llegaba hasta el embarcadero de Tetamazolco, lugar de partida de las canoas hacia Tetzoco. Estas cuatro vías partían del Recinto Sagrado del Templo Mayor hacia las cuatro direcciones cardinales (Jiménez, 2019:19).

Siguiendo esta dirección y argumento la proyección axial de la ciudad se corresponde con la visión mexica del nivel terrenal del cosmos (*ibid*:20). Para los nahuas, su universo estaba estructurado en tres niveles: uno superior (*Topan*), con varios planos o cielos; otro horizontal, el mundo terrestre (*Tlalticpac*); y un tercero o inframundo (*Mictlan*). En el plano horizontal, la tierra, con forma cuadrada, estaba circundada de agua por todas partes; «y se orientaba en cuatro rumbos o direcciones cardinales que confluían en un centro o quinta dirección, que co-



Fundación de México-Tenochtitlán, según el folio 2 del códice Mendoza.

«municaba los niveles superiores e inferiores del universo» (*ibid*:20-21). *Tlaxicco* en el centro, era el eje del mundo.

Como uno de los centros más que simbólicos sino del dominio visual público, además del *Huei Teocalli* de Tenochtitlán, conocido en la actualidad como Templo Mayor y representación de una Montaña Sagrada, el recinto sagrado contó con diferentes edificios que se atribuyen a diferentes prácticas rituales y también a diferentes distribuciones espaciales necesariamente técnicas. Las referencias visuales e ilustrativas a las construcciones en el contexto del islote o la isla nos conducen indudablemente a Hernán Cortés, Bernal Díaz o Andrés de Tapia; y a quienes se basaron en información indirecta como Durán y López de Gómara: específicamente representaciones gráficas como el Mapa de Cortés, o el folio 269r de los Primeros Memoriales (García, 2019).

Particularmente esta ilustración de 1865, fuera del ámbito estrictamente cartográfico, más no histórico nos refiere a una imagen idealizada no obstante próxima a una forma de palimpsesto, disposición y coexistencia en que se ha configurado lo que llamamos el corazón de la isla: en la parte superior observamos un contexto terrestre en proximidad con el lacustre, alguna forma constructiva a manera de vía de comunicación u obra hidráulica, con formas de islotes, construcciones, embarcaciones o chinampas. Por lo menos, en el centro de la imagen, se aprecian nueve basamentos, edificaciones o *ruinas* mexicas o aztecas (como lo refiere la descripción citada) relativas al altepetl (*ciudad-estado* se lee en inglés) en un mismo plano o nivel constructivo, en que se observan por lo menos diez torres, patios y estructuras de raigambre colonial. El tejido visual y textual da cuenta de un entramado compuesto de referencias que no son distantes de un imaginario contemporáneo sobre el lugar en cuestión.

Sin embargo, como puntualmente nos refiere García (2019) en el recorrido por la zona arqueológica, se observan pequeños adoratorios como el A, B y C, que se ubican al costado norte del Templo Mayor, igualmente los dos Templos Rojos, ubicados al norte y sur que presentan rasgos arquitectónicos teotihuacanos; parte de la Casa de las Águilas, respectivamente con rasgos arquitectónicos toltecas; el *Cuauhxicalco*, templo circular endosado con cabezas de serpiente. Y, debajo de varios edificios del Centro Histórico se encuentran el Templo del Sol, bajo el Sagrario de la Catedral Metropolitana, presente en la ilustración referida; el Calmécac, en el espacio del Centro Cultural España; así como el Templo de Ehécatl-Quetzalcóatl y el costado norte del Juego de Pelota y el Huei Tzompantli excavados por el INAH.

Ambas «imágenes» y la observación arqueológica conforman el saber, apreciación y percepción al ras del

piso o de primera mano relativa a la formación del núcleo del Centro Histórico como un conjunto de planos, construcciones, «palacios», «ruinas», y «vestigios» relativos al proceso de formación y conformación del corazón del centro de la urbe.

Una de las imágenes más conocidas y representativas de la fundación de este asiento nos remite entre otros a Patrick Johansson (2015) quien registra que en la lámina 1 del Códice Mendocino se muestra la llegada en la fecha 2 casa de los mexicas a la región lacustre. En la composición del relato pictográfico se enuncia el carácter axial del tunal, mientras que los años dan la vuelta en torno al eje que éste representa y circunscriben dicho espacio hasta la víspera de la elección de Acamapichtli. En uno de los triángulos definidos por el cuadro líquido y la intersección de las corrientes de agua, precisa Johansson, figura Tenoch (al costado izquierdo del brazo izquierdo del cacto), cuyo glifo antroponímico es un tunal (tenochtli). El águila sobre el tunal es el *axis mundi* del universo mexica. Es el establecimiento de México-Tenochtitlan.

Respecto a la temporalidad, Johansson precisa que la fecha 2 casa, 1325 en la cronología cristiana, es considerada la fecha fundacional de México-Tenochtitlán en las fuentes del siglo XVI, pero si se considera tanto los esquemas narrativo-mitológicos como la cronología mítico-histórica, esta fecha corresponde a la manifestación material lunar del tunal sin el águila solar. Los mexicas llegaron al espacio insular y lacustre que sería su territorio, pero aún faltaba una etapa concluyente, una deambulación que se inició en el año 2 casa y culmina con el descenso del águila sobre el tunal, el cual, según Johansson, constituye el momento de manifestación del poder de Huitzilopochtli, fundacional de la nación mexica.

El contexto de estudio y definición de La traza de México-Tenochtitlán

Para contextualizar y dar cuenta de los primeros acercamientos al conocimiento de Tenochtitlán es necesario acercarnos a la obra de Gussinyer i Alfonso (2001), quien refiere como primer elemento para su configuración urbano-espacial, que es necesario tener en cuenta que con la invasión española la ciudad «fue relativamente arrasada, sobre todo el área central, el de mayor ajetreo urbano y calidad constructiva», basándose a su vez en obras fundantes *Histoire de Mexico* de Gruzinski (1996) *Itinerario de Hernán Cortés* de Gurría (1968) y *Tenochtitlán. La gran metrópoli* de Bernal (1965); y en tal argumentación nos refiere:

Del campamento de Cortés, en las rampas del Ajusco, en Coyoacán, bajan los españoles y aliados, que removían los escombros, inhumaban las tumbas, desbarataban los templos y rebotaban las acequias en Tenochtitlán y Tlaltelolco, y en medio de los miasmas de muerte que saturaba la atmósfera de aquel espantoso matadero, pasaban los días interrogando a los cadáveres y las ruinas; aquellos hombres daban tormento a la muerte ... buscando siempre, se arrojaban sobre la riqueza viva, sobre la que respira y sufría; y se dieron a convertir a los indios en esclavos y a plantarles, en las mejillas y los muslos, los hierros candentes de las marcas. Justo Sierra 1957:61, citado en Gussinyer 2001: 114)

Las líneas de argumentación registradas a principios del corriente siglo, esto es hace 23 años que tiene que ver con referencias de carácter narrativas se enfocan a limitados datos arqueológicos; algo de información etnohistórica y diversos vestigios conservados en la traza

de la ciudad virreinal tienen raigambre en las obras *Una visión crítica de la historia de la conquista de México-Tenochtitlán* de Guzmán (1989) y el *Plano reconstructivo de la región de Tenochtitlán* de González Aparicio (1973). A partir de las cuales Gussinyer específicamente apunta a la deposición, yuxtaposición y ocupación por sobre «las ruinas del área más compacta, importante y monumental de la población anterior, destruyéndose de la manera más irresponsable lo poco que quedaba de la ciudad precolombina», nuevamente refiriéndose a *Histoire de Mexico* de Gruzinski (1996:226).

Por otra parte, se remonta la línea de argumentación relativa a la destrucción de los edificios y las fuentes históricas precolombinas para retomar la obra *Don fray Juan de Zumárraga primer obispo y arzobispo de México* de García Icazbalceta (1947 vol.II:87-88); a partir de la conjetura de que «junto con la rápida evolución de la nueva ciudad, desde su refundición hasta nuestros días, es posible obtener algunas referencias sobre la primitiva traza de México Tenochtitlán» Gussinyer, (2001:113); en este sentido se reconoce primordialmente la información que proporcionan los cronistas y que de aquel acontecimiento, pueden extraerse diversos datos relacionados con la antigua traza y el orden urbano que la regía (*ibid*: 115-116), basándose también con diversos testimonios obtenidos de las poblaciones vecinas para reconstruir parte de su trazado precolombino y, nuevamente hacer referencia a González Aparicio (1973:81 y SS), así como la obra *Conjunto urbano y modelo residencial en Tenochtitlán* de Calnek (1974).

Cabe anticipar aquí, como un primer elemento de reflexión que desarrollamos ulteriormente, que las fuentes y referencias van a referirnos tempranamente a obras que en primer lugar no se basan prioritariamente en la información particularmente arqueológica sistematizada y articulada formalmente, pero en segundo lugar lo cual es significativo, la ausencia de modelos, planes, esbozos, trazas o planos prehispánicos o de raigambre mexicana azteca como también se puede en esta contextualización bibliográfica, referir o llamar; en esta dirección se sigue el hilo o trama de construcción historiográfica sin perder de vista la condición y características de tanto de las observaciones, datos e imaginaria que cronológicamente van a configurar una visión general sobre el proceso de aproximación interpretativo planteado acá.

Un segundo elemento argumentativo que se introduce en la obra de Gussinyer i Alfonso nos enfoca de lleno al contenido técnico y constructivo en relación con el carácter «étnico» de los portadores al menos de una visión constructiva, del corazón de la isla; considerando a los primeros «tenochcas la prolongación de un pueblo de características chichimecas, a pesar de sus posibles rasgos tamines» que traen consigo (*ibid*:115). A este respecto, reiteradamente se apunta la referencia de que «los aztecas» se presentan en las crónicas como un pequeño pueblo guerrero, venido del margen septentrional donde la región habitada por campesinos alberga poblaciones de cazadores y recolectores guerreros (chichimecas), sumando a la discusión 1973. *La ciudad de México* de Bataillon y Riviere D'Arc (1973: 10). El argumento precisa que durante la peregrinación los aztecas, en sus temporales asentamientos organizan el espacio escogido, para establecerse de manera semejante al de los inicios de Tenochtitlán y «que estos partían de la construcción de una sencilla estructura religiosa construida con materiales perecederos (*ayauhcalli*)» (*ibid*:11); frente a los que se delimitaba un amplio patio destinado a la actividad comunitaria y, posteriormente, las habitaciones se construirían alrededor de este esbozo de centro ceremonial.

Aserción con eje principal en la forma de asentamiento «que propone Huitzilopochtli a través de sus

sacerdotes, al tomar como punto de partida urbano *la ermita*» (*ibid*); la cual supone en esta revisión una primera mención y relación de carácter identitaria, de «hábitos y costumbres» en las culturas amerindias con los rasgos o formas materiales y, que introduce a su vez la idea de «tradición cultural», un «patrón de asentamiento» en Mesoamérica, que conllevan respectivamente a las obras de *El Templo* de Trías (2000), *Historia de los Indios de la Nueva España, e islas de Tierra Firme* de Durán (1967), *The aztecs* de Smith (1998); y, situando su origen temporal «en el preclásico de las tierras bajas (cultura olmeca)» con base en *El Mundo Olmeca* de Bernal (1968), *Olmeca Azteca: Settlement Patterns in the Ancient Gulf Lowlands* de Stark (1997), *Tenochtitlán-Tlatelolco: A Pre-Hispanic Megalopolis* de Sanders (2000).

Habremos de poner atención en esta revisión como es que no sólo se plantea una correlación con la región septentrional o del Golfo de lo que se denota como Mesoamérica sino como germen urbano en el área maya (Bullard, 1989 citado en Gussinyer, 2001), esto es una correlación no necesariamente simétrica o compleja que va centrando la región del Anahuac en la perspectiva historiográfica, como se vuelve a retomar del *Teotihuacán* de Bernal (1974: 223): «El Anáhuac podría ser la cuna de esta primera iniciativa urbana de Mesoamérica en las tierras altas, con la presencia de ejemplos tan antiguos como Cuicuilco y las fases iniciales de Teotihuacán»; conjeturas entonces que devienen en aproximaciones no necesariamente precisas que centrarán discursivamente el devenir urbano tenochca.

Un tercer rasgo significativo en esta construcción enuncia y da cuenta de la organización en torno a tres espacios de manera general, la zona del templo como espacio sagrado, estructuras públicas básicas de orientación comercial, administrativa y, la arquitectura doméstica del pueblo agricultor; respectivamente, apunta Gussinyer i Alfonso (2001:116) el primer espacio proporciona el alimento espiritual a la incipiente comunidad urbana y la última el sustento material. La intermedia, con base en *The Classic Maya City: Reconsidering the Mesoamerican Urban Tradition* de Chase (1990:500) ad-

ministra y fomenta la diversidad social de dicha comunidad urbana. Planteamiento que apunta a una «regla muy generalizada del urbanismo en el mundo antiguo» Gussinyer (2001: 15-16).

Como se esboza en un principio, se registra también que es «el Clásico Temprano de Teotihuacán con la presencia de la avenida Este-Oeste y la Calzada de los Muertos (norte-sur), encontrándose con una compleja unidad de arquitectura profana», el Gran Conjunto, y otra de carácter religiosa esto es el templo de la Serpiente Emplumada, «que por primera vez en el Altiplano» aparece una nueva pauta urbana, que divide el espacio urbanizable en cuatro partes (*ibid*:116)

De esta manera las observaciones y conjeturas relacionan que el encuentro de grandes estructuras públicas con amplias y rectas calzadas, cruzadas en ángulo recto, devienen en una de las características significativas «del urbanismo mesoamericano de las tierras altas» (*ibid*): por primera vez en Teotihuacán se alcanza una distribución de la ciudad en cuatro grandes espacios. «Algo semejante propone Huitzilopochtli, unos siglos más adelante, a partir de las fases iniciales de México-Tenochtitlán» (Durán 1967 11:50), aserción que sugiere, entre otros más, en la literatura la analogía de las calzadas de Teotihuacán y Tenochtitlán, encontrándose o partiendo del centro urbano, con un orden cardinal que divide el asentamiento en cuatro grandes bloques (Gussinyer, 2001); y, no obstante, se carecen de diversas formas de evidencia, como se reconoce en la obra de González Aparicio (1973) esta idea se convertirá en una forma de esquema o modelo característico «de la traza de una población de cierta importancia en el Altiplano».

A partir de *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlán según las fuentes históricas* (Lombardo 1986 - 513), se enhebra a esta visión modélica un supuesto contenido a estas grandes unidades: complejos menores reconocidos como *calpullis* con vida propia «a pesar de depender del área de convivencia de población»; forma organizativa no necesariamente precisa pero que denota en términos de la narrativa una serie de analogías (en el menor de los casos) con percepcio-

nes occidentales en torno a la urbanización o procesos respectivos, aludiendo que en el Viejo Mundo, desde Roma «hasta su decadencia, se observa una semejante distribución urbana con el *cardus* y *decumanus* también referida en la obra de *El templo* de Trías (2000); específicamente, como se registra en *Historia de la forma urbana: desde los orígenes hasta la revolución industrial* de Morris (1984) en la que se consigna que «a finales de la Edad Media esta costumbre reaparece con timidez en las *Bastides* del Languedoc» (*ibid*:130). Para entonces entrar a la Península Ibérica «por la Corona de Aragón» según *Urban Development in Southern Europe, Spain and Portugal* de Gutkind (1967:430).

En el sentido de este argumento que, los o, varios principios medievales pasan al Nuevo Mundo reforzados, con la práctica urbana precolombina, para en consecuencia manifestarse en «el tradicional trazado de las poblaciones virreinales» (Gussinyer, 2001:117); perspectiva problemática no obstante se verá reflejada en la producción de representaciones gráficas y cartográficas, esto es semejanzas gráfico-visuales que fabricarán sesgos en las trazas, formas y modelos, que se pueden comprender a partir de un paradigma visual de carácter más bien renacentista «y para la cual, la representación del mundo debía reproducir sus ideales de control, de posesión y de centralidad, justificados por un orden racional y, marcados por la hegemonía de la visión» (Molina, 2005:2).

También podemos decir que esa aproximación por semejanza se traslada a una forma o modo escalar; en los textos ya referidos de Gruzinski (1996:192) y Trías (2000:15) se reproduce la aserción de que en Tenochtitlán la traza se inicia alrededor «de la humilde ermita»; y que «al poco tiempo aquel pobre *ayauhcalli* transformado en *teocalli* se convierte en el Templo Mayor, dedicado a su dios supremo». En esta dirección, «Para los mexicas, El Gran Templo irradiaba una presencia rebosante de energía, un recuerdo vívido y habitado. Era el centro del universo», iterando nuevamente que del Templo Mayor parten cuatro calzadas que refuerzan y acentúan la primitiva división de Huitzilopochtli.

Basado en las obras *El Pueblo del Sol* de (Caso 1962:21); *The Mesoamerican Urban Tradition* de Sanders & Webster (1988:535-7), Gussinyer i Alfonso subraya iterativamente que a «partir de los olmecas, tal vez antes, la traza de una población gira entorno de un concepto centralizado de intensa actividad cívico-religiosa. Forma de proceder que, con el tiempo, se materializa en un conjunto arquitectónico excepcional»; en el que estructuras más notables ocupan el centro del asentamiento: en las tierras altas, continua Gussinyer, a este núcleo cívico-religioso «de gran jerarquía concurren las principales calzadas, y a su entorno se subordina el resto de la comunidad» (*ibid*:117): el esquema urbano de una población en la Altiplanicie con estos rasgos se define entonces como Planos de cuadrícula, avenidas ceremoniales, complejos de apartamentos, complejos de pirámides-plaza, asentamientos compactos y nucleados (*ibid*).

Por una parte, se va a establecer de manera general rasgos o pautas no necesariamente como patrones que van a sedimentarse en diversas conjeturas sin precisamente corroborarse arquitectónica y arqueológicamente, en esquemas o programas formalizados y en otro sentido, se reserva de manera implícita los entrecruzamientos, semejanzas, similitudes y conexiones, con una relación compleja o dialéctica visual-textual en torno a los paradigmas y perspectivas pictóricas de carácter occidentales.

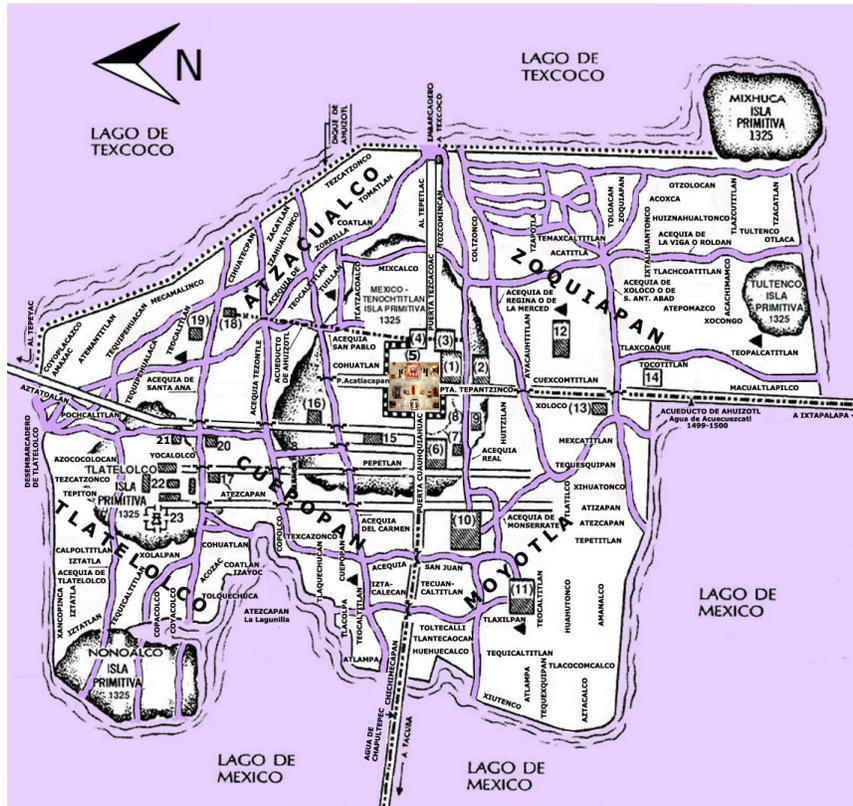
Se reconoce con precisión el conjunto de sesgos relativos al modo en que se produce o se planea la traza urbana, específicamente de las más importantes poblaciones entre los dos extremos urbanos —Teotihuacán y Tenochtitlán—, como lo registra entre otros Gussinyer (2001), inicio y fin del urbanismo precolombino en las tierras altas. Y es en esta fluctuación que se apea al Conquistador Anónimo (1986:85): «la provincia de esta Nueva España está muy bien poblada en su mayor parte, hay grandes ciudades y poblaciones tanto en la llanura como en las montañas», integrando entonces un elemento a la búsqueda, exploración y también na-

rrativa urbano-arquitectónica, esto es la certeza de que además de la ciudad de México-Tenochtitlán había otras poblaciones grandes e importante, con implicación en la observación y estudio de otros asentamientos o configuraciones urbanas, consecuentemente en información obtenida desde la arqueología.

Refiriendo a *La Cholula postclásica en Relación breve de la conquista de la Nueva España* de Aguilar (1954) próxima a las reglas urbanas del clásico tardío teotihuacano, iteradamente basado en *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlán según las fuentes históricas* de Lombardo 1973:35); las excavaciones relativas a Tula en de las recientes excavaciones (Sanders & Webster, 1988: 539); y *Unidades habitacionales en Tula*, Hidalgo de Paredes (1990), se reconoce un relativo desconocimiento del orden urbano y, específicamente de la última, parte de las estructuras de su centro ceremonial, de acuerdo con una antigua tradición mesoamericana, giran en torno de una gran plaza. Esto es, se documenta de manera general que, durante el Posclásico, formas urbanas son de clara tradición teotihuacana.

A esta línea de formulación general se enriquece con el argumento de *Mesoamerican Urban Landscape. From Teotihuacan to the Aztecs* de Smith (1997:7), que, a partir de un período cercano a la ocupación europea, con todo el contexto bélico y militar se obliga a la población a concentrarse en áreas específicas, esto es, el desplazamiento agregado a las pautas de configuración urbanas, lo que implica la observación de algunos cambios y alteraciones al patrón tradicional que giran en torno de una «dispersa-nucleización en el trazado de algunas poblaciones, alejándose del antiguo esquema teotihuacano» (Gussinyer, 2001:118).

Puede trasladarse en esta construcción explicativa tanto un proceso de alteraciones en los asentamientos, así como la instrumentalización a través o con sustrato en estos desplazamientos o reorganizaciones territoriales para la ocupación territorial, esto es, desde las



Principales Construcciones y Plazas:
 1.- Palacio de Moctezuma II.
 2.- Plaza de El Volador.
 3.- Casa de las Aves.
 4.- Tepochcalli.
 5.- Templo Mayor.

6.- Palacio de Axayacatl.
 7.- Cuicacoatl.
 8.- Plaza Principal.
 9.- Palacio del Tlancanqui.
 10.- Casa de las Fieras.
 11.- Tianguis de Moyotlan.

12.- Huiznahuac.
 13.- Xoloco. (Teocalli)
 14.- Templo de Iocí (Teocalli)
 15.- Palacio de Cuauhtémoc.
 16.- Tezonitlacoyan. (Teocalli)
 17.- Palacio de Yacatlaco

18.- Tlacochcalco. (Teocalli)
 19.- Apahuatzlan o Azagaztía. (Teocalli)
 20.- Atenantitoch o Tetenamitl. (Teocalli)
 21.- Xocotitla o Cihuateopan.
 22.- Tianguis o mercado de Tlatelolco
 23.- Templo mayor de Tlatelolco

SÍMBOLOS:
 CALZADAS O CALLES DE TIERRA
 CANALES O ACEQUIAS
 PUENTES DE VIGAS

CONSTRUCCIONES PRINCIPALES
 DIQUE DE AHUIZOTL
 TEOCALLI O TEMPLO

MEXICO-TENOCHTITLAN

Reconstrucción esquemática

1325 - 1519

Interpretación de M. Carrera Stampa

Según:

A. Téllez Girón, R.H. Barlow, A. Caso, J.M. Bribiesca y M.F. Alvarez.

Reconstrucción esquemática del mapa de Tenochtitlan de 1325 a 1519. Interpretación de don Manuel Carrera Stampa de acuerdo con Téllez Girón, Barlow, A. Caso, Bribiesca y Álvarez. (Ing. Manuel Aguirre Botello)

crónicas, relatos de carácter histórico, testimonios y diversas fuentes producidas en un contexto de ocupación colonial y a partir de la posición del o los sujetos que los están realizando. Como lo argumenta Valeria Añón (2012) respecto a la conquista de México, en las crónicas tempranas de tradición occidental, las ciudades mesoamericanas y las nuevas villas fundadas por los españoles son presentadas como núcleos y ejes organizadores de

la expedición de conquista. Esto es especialmente evidente apunta Añón (2012: 83) en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés y en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, «donde el relato suele regirse por un derrotero concebido a partir de la noción de experiencia, cuyo ambicioso afán de apropiación identificaba las ciudades como objetivos principales y ejes de los desplazamientos».

En esta dirección vamos a considerar y comprender la incorporación de información, datos y conocimiento relativos a las referencias como búsquedas innecesariamente objetivas o precisas en tanto el contexto de ocupación implica en sus propios narradores, registros y experiencias, posturas de carácter político, religioso, ideológico o simplemente de reproducción social en un espacio y territorio en pugna. Los cuales enriquecen las nociones de complejidad, inexactitud, pero también imaginación frente a la búsqueda de la imagen o las imágenes de Tenochtitlán. Por ejemplo, esta reconstrucción esquemática en la que se vierte información histórica precisa de manera textual (calzadas, canales, templos, etc.) se intercambia con información geográfica o cartográfica más bien hipotética, que además de mostrarnos aproximaciones territoriales formales, va dar cuenta del proceso de formación y construcción histórica de la transformación, destrucción y reconstrucción histórica de la isla o las islas.

Particularmente es significativo reconocer, que en estas representaciones se concentra por una parte los elementos formales, visuales, quizá geográficos explícitos y no necesariamente lejanos a la materialidad del territorio y su organización, pero por otra puede implicar la representación mayormente acabada en torno a una idealización, traslación y concatenación de un paradigma eurocentrado:

Con mirada retrospectiva, las crónicas de tradición occidental construyen, recuerdan, evocan ciudades mesoamericanas o españolas, las comparan con la ciudad natal (Medina del Campo) o con ciudades famosas, admiradas, extrañas, modélicas (Venecia, Sevilla, Salamanca, Roma, Jerusalén). Entre la retórica descriptiva y la experiencia, entre las ciudades míticas y la majestuosidad de los espacios mesoamericanos, estas crónicas erigen distintos tipos de urbes con funciones textuales diversas. Encontramos así ciudades que afirman la presencia española en tierras mexicanas (Villa Rica), ciudades

aliadas (Cempoala, Tlaxcala), ciudades del castigo y la matanza (Cholula), ciudades ambicionadas y destruidas (Tenochtitlan). En este marco, la representación de Tenochtitlan se erige como centro, clímax, eje organizador de la diégesis de cada crónica (ya sea que se trate de cartas, historias, relaciones e incluso probanzas), respondiendo a una retórica descriptiva que articula el universo topológico de la *descriptio civitatis*, la forma narrativa del relato de viaje y las modulaciones de la mirada imperial (Añón, 2012:84)

Las inferencias entonces, presentan varias posibilidades de desarrollo entre las cuales se plantea, por una parte, la distinción y reconocimiento de ciertas huellas de este conglomerado de información como valor recíproco e inherente a las observaciones y memorias reivindicativas de cualquier signo (religiosas, ideológicas, políticas, estéticas y culturales), incluyendo aquellos que como señala Añón, con sentido de aprehensión y ambición por sobre el espacio (lo que implica un cierto conocimiento puntual del lugar); y en segundo lugar como un espacio borroso y de incertidumbre irresuelto contradictoriamente como una fuente constante de búsquedas, hipótesis y conocimiento. Por lo que tienen en este texto una deriva de inexactitud, pero principalmente de búsqueda y comprensión del espacio y lugar alguna vez vivido.

Es así que los siguientes pasos en busca de huellas tienen que ver con la comprensión de la organización del lugar en su interior y cómo estas características pueden o no enfocarse a la organización y formas espaciales insulares. De hecho, en esta condición pueden presentarse varias claves respecto a los lindes territoriales en tanto transformación del espacio de acuerdo a las necesidades políticas y territoriales; esto es, aproximadamente en la medida de que rasgos formales puede trazarse o no estas otras características materiales, constructivas y de adecuación del o los suelos limítrofes con el agua.

El orden y configuración urbano de México-Tenochtitlán

Nuevamente en la revisión relativa a la fabricación de la narrativa historiográfica, a partir de entrecruzamiento de referencias arqueológicas anteriores a Tenochtitlán y los pequeños vestigios de la ciudad-isla se retoman las obras canónicas y crónicas para sostener que los trazos iniciales de la urbe mexicana forman parte de una antigua tradición urbana, con implicaciones también en una perspectiva modélica en los sentidos planeados, de manera crítica, como semejanza a la forma que debían responder y, en otro sentido como reflejo o representación de una configuración precisa, pensada y proyectada pretéritamente.

No obstante, esta tensión podemos contextualizar genéricamente Tenochtitlán de acuerdo a varias características; esta «capital» se muestra representada en varios documentos históricos, como el Plano atribuido a Cortés, publicado en Nüremberg en 1524 y otro fechado en 1555 por la Universidad de Uppsala en Suecia, este último se adjudicada erróneamente al cosmógrafo Alonso de Santa Cruz. En el primero de los planos se representa la ciudad de forma circular y en el segundo con un contorno cuadrado.

Es preciso observar que el espacio geográfico en que se asienta la urbe es una cuenca elíptica y por lo tanto también lo son sus curvas de nivel; sus vías fluviales son concurrentes a los puntos más bajos de esa concavidad. «Esa topohidrografía implica una Tenochtitlán radial, lo cual se corresponde al plano del conquistador, en el que sólo la zona central de la ciudad aparece rectangular y el Templo Mayor es el centro del trazo» (Huerta, 2007:31).

Como se hace mención en varias discusiones, las dimensiones y forma de la ciudad al arribo de los es-

pañoles, han sido investigadas, entre otros, por Sonia Lombardo y José Luis de Rojas; no obstante, de acuerdo al Doctor Carlos Chanfón (1990:9), quien ha tratado el problema con mayor profundidad, es el arquitecto Luis González Aparicio. Según dicha investigación, Tenochtitlán tenía una forma rectangular, con una longitud de 3.8 y 3.2 kilómetros en las direcciones norte sur y oriente poniente, respectivamente. El área urbana constaba con aproximadamente 1,000 hectáreas; geometría que se observa en el Códice llamado *Plano en Papel de Maguey*, elaborado entre 1557 y 1562, después de la traza hecha por los españoles, «el cual revela una distribución cuadrangular siguiendo los ejes: norte-sur y este-oeste; que corresponde con la retícula efectuada en noviembre de 1521 por Alonso García Bravo» (Huerta, 2007).

«Esa superficie sería transformada en una red geométrica de terraplenes, centros religiosos, unidades y conjuntos básicamente alrededor de dos puntos: el Templo Mayor y la Gran Plaza de Tenochtitlán; como una ampliación, Tlatelolco, y como parte integral los barrios, o zonas vitales donde se asentaba la población» (DDF, 1994. 27).

Casi toda la urbe se distinguía por sus extensos espacios, aunque el área más desahogada era el Coatepantli, o recinto sagrado, en cuyo centro se elevaba el templo de Huitzilopochtli. Dicha explanada tenía al sur y al poniente una plaza o espacio abierto, en cuyos límites se encontraban las residencias de Moctezuma al este, las moradas de Axayácatl al oeste y al sur las de otros importantes señores. Fuera de ese núcleo, la ciudad tenía características lacustres y había algunas pocas poblaciones de tierra firme, las cuales en su mayoría funcionaban a manera de muelles.

Conforme el núcleo se consolidaba, se definió y extendió el centro ceremonial, y la superposición de etapas constructivas permitió espaciosas plataformas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales, al mismo tiempo que los barrios, o calpullis, se conectaban al corazón urbano, mediante las calzadas del Tepeyac al norte; Ixtapalapa al sur; Tacuba al poniente, y la entrada de agua, o zona lacustre al oriente.

El acueducto proveniente de Chapultepec proveía a la ciudad, al que se añade otra obra quizá la más representativa y significativa de ingeniería hidráulica, el Albarradón de Netzahualcóyotl, con el que se evitaban las inundaciones y simultáneamente se impedía que las aguas saladas de Texcoco se mezclaran con las dulces del lago de México (Huerta, 2007). Su trazo iba del cerro de la Estrella en Ixtapalapa al del Tepeyac.

Se suma a las consideraciones sobre la estructuración urbana la obra *El Calpulli en la organización social de los Aztecas* de A. Monzón (1949:31) al arribo de los españoles a la ciudad, con inicio en el del centro ceremonial, tenía esta estructura: el Altepétl Tenochtitlán, (la ciudad de Tenochtitlán) estaba formado por cuatro Campan («barrios grandes») establecidos en torno del centro ceremonial. En el interior de cada uno se asientan los Calpulli («barrios»). Éstos se subdividen en Tlaxilacalli («calles» o «barrios chicos») formado por varios Chinampa («parcelas familiares»). De esta manera la organización observada tiene un carácter escalar, esto es de una forma organizativa mayor a una menor.

Relativa a esta forma organizativa, Gussinyer i Alfonso (2001) recurre al *Diccionario de la Lengua Náhuatl o Mexicana* de R. Simeón (1977:21) en el que la palabra náhuatl altepétl se refiere a poblado, ciudad, estado y por extensión la locución *huey altepétl* se refiere a gran ciudad, población grande. Para el vocablo y concepto de ciudad existe otra palabra posiblemente más común que es Tollan, registrada nuevamente de *Histoire de Mexico* de Gruzinski (1996:201). Si bien el nombre se refiere a la ciudad de Tula algunos estudios la utilizan como sinónimo de urbe, con alguna diferencia entre una y otra denominación (Simeón 1977:712; Salinas 1995:135). En este sentido, la expresión altepétl se refiere a un concepto generalizado de ciudad, en tanto que la palabra

tollan como lo recoge *Toltecóyotl. Aspectos de la cultura náhuatl* de León-Portilla 1980, (cap. 1, nota 3) se guarda para connotar la idea de un gran centro urbano, es decir, «una metrópoli, en la que las artes, la organización social y política y otras elevadas manifestaciones de cultura habían llegado a florecer de forma extraordinaria».

En *Le Origine des azteques* Christian Duverger (1983:95) menciona que la voz altepétl está compuesta de dos vocablos significativos para los pueblos del Altiplano: uno de raíz lacustre (atl, agua) con raigambre en las prácticas agrícolas del Valle de México y el otro de pretérita tradición amerindia (tepétl, monte). No obstante, es continua, aunque tenue la correlación como unidad urbana «euro-mexica» que reitera una forma de resonancia entre la urbe y rasgos europeos, específicamente nos referimos a Gruzinski (1996:304) que argumenta que la longevidad de los dos sectores autóctonos se debe también a su arraigo en el medio lacustre y agrícola; esto es que la ciudad india sigue estando más cerca del altepétl prehispánico que de la ciudad europea: continua siendo un aglomerado relativamente urbano y capilar, compuesto por barrios, pueblos y aldeas.

Si bien se profundiza sobre una forma de disposición propia, la observación en torno a su simetría al menos formal y cartográficamente con distintas formas urbano occidentales, se va a reconocer en términos de las configuraciones en apariencia geométricas en términos del espacio y, a partir de la ocupación española, en términos temporales (aunque pareciera está última una redundancia en tanto analogía con el contexto de quien se establece en los nuevos territorios): dos constantes que pueden permear las observaciones ulteriores.

Es posible que a esta correlación constante y reiterativa subyace un componente religioso o teocrático en cuanto a la organización o estructuración urbana; un característico patrón de asentamiento precolombino menciona Gussinyer (2001), gira en torno de un centro sustancial práctica religiosa y de un movimiento socio-económico administrado por una omnipresente teocracia como lo sugiere *Mesoamerican Urban Landscape. From Teotihuacan to the Aztecs* de Smith (1997:7) y el *Plano reconstructivo de la región de Tenochtitlán* de González Aparicio (1973:81); sin embargo, esta caracterización

significativamente de carácter religioso, no considera a la mayor parte de los asentamientos y poblaciones con actividad urbana de Mesoamérica precolombina como complejas «Regal-Ritual Cities», que proponen algunos estudiosos como Sanders (1988) quien precisa que el término significa la cualidad esencial de estos asentamientos, con una función urbana principal ideológica; y que su papel cultural surge del prestigio y el estatus del gobernante del estado o del poder de cohesión de la religión del estado.

Se plantea de esta forma que la religión fue, en todo momento, «el elemento cultural por excelencia de la civilización mesoamericana» como lo apunta Caso en *El Pueblo del Sol* (1962:170) y, Séjourné en *El universo de Quetzalcoatl* (1984:1); y lo sigue siendo en asentamientos indígenas y mestizos actuales, desde la perspectiva de Gussinyer i Alfonso (2001).

En términos arquitectónicos o constructivos la presencia de un área ceremonial como punto de partida de una práctica y actividad urbana es de fácil reconocimiento en muchas comunidades de la antigüedad como lo apunta Trías en *El Templo* (2000:15), aduciendo que toda el área mesoamericana precolombina se identifica con esta usanza.

De esta manera, nuevamente con base en *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlan según las fuentes históricas* de Lombardo (1973:53) y de *Historia de los Indios de la Nueva España, e islas de Tierra Firme* de Durán (1967:11:32), es supuestamente a partir de esta «tradición universal», que la partición urbana de Tenochtitlan se realiza de acuerdo «con los puntos cardinales». El centro, ocupado por los símbolos religiosos se convierte en el quinto de acuerdo con el *Diccionario de los Símbolos* de Chevalier y Gheerbrand (1991:279). Asimismo, Gruzinski (1996:192), Tibón (1981), Trías (2000:16) y, Caso (1962:21) consideran el «ombligo» del universo, el simbolismo correlativo a la urbe y la religión materializado en Mesoamérica, con el centro ceremonial.

Esta concreción o realización de carácter material conlleva en este proceso de construcción textual y visual un nuevo paralelismo y grado de especificidad; tal que reúne o correlaciona el elemento constructivo, el de carácter ideológico, religioso y ritual, con una práctica

cultural, más que como amalgama como un resultante, en el plano analítico de una comprensión de mayor complejidad sin perder de vista las operaciones relativas a las prácticas occidentales, que de contexto en contexto va perdiendo una posibilidad de distinción y sedimentarse como la forma y representación urbana.

Simultánea a dicha observación, en el plano de la estructuración de la ciudad si hay una distinción: desde del horizonte Posclásico, para recalcar la importancia del área de actividad ritual y, diferenciarlo del espacio ordinario que lo rodea se inicia la separación del área de intensa actividad religiosa del resto del centro de convivencia de la población. Operación que como lo registra Gussinyer i Alfonso (2001:121) se lleva a cabo por medio de un simbólico muro, con frecuencia almenado y ornamentado.

En México-Tenochtitlán dicho muro recibe el nombre de Coatepantli (muro de serpientes) por sus cabezas esculpidas de serpiente incrustadas en el paramento exterior (Guzmán 1989:51). Esta barrera simbólica la inicia Moctecuzoma I, con el objeto de diferenciar el poder e intención religiosa de la capital mexicana de la autoridad cívico-militar de acuerdo a *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlán según las fuentes históricas* de Lombardo (1973:142). Asimismo, a partir del reinado de este *hueitlatoani*, en el año 1440, aquel asentamiento rústico, se irá transformando en una configuración con carácter urbano con un orden y emplazamiento propiamente arquitectónico. Durante su administración se considera «el período clásico del urbanismo» del asentamiento como lo argumenta Lombardo (1973:105).

El argumento recurrente e iterativo es el concepto del lugar central o mejor dicho centralista, de la supuesta distribución urbana de cualquier asentamiento, a partir del área ceremonial. Que según Gussinyer (2001) se trata de una disposición más rígida y compacta en las tierras altas que en las bajas; en las que tanto el centro de convivencia como la población se muestran con mayor dispersión. En la sección más densa del núcleo de arquitectura cívico-religiosa, registra en *The aztecs* Smith (1997:7), se localiza la actividad ritual «y de inmediato la administrativa y comercial de la ciudad»; Sanders and Webster. (1988:529).

Otra pauta urbana que se considera importante en cualquier centro ceremonial es la presencia de una o varias plazas con diferentes áreas y usos. Espacios abiertos cuya función es la de diversificar el área religiosa y de convivencia. Y, de acuerdo con *La fundación de la ciudad Mitos y Ritos...* de Wunenburger (2000:22), «en ciertas ocasiones se convierten o evolucionan hacia unidades satélite del núcleo central», en el interior del mismo complejo urbano ya sea compacto o disperso. La dispersión particularmente en el espacio abierto ha sido un elemento significativo en la arquitectura y urbanismo mesoamericano a través del tiempo, en el pasado y el presente de acuerdo con *El concepto del espacio en la arquitectura precolombina mesoamericana* de Gussinyer (1993) y *The Desing of Space in Maya architecture* de Kubler, (1958); de forma tal que se presentan argumentos para dar lugar a una configuración local y también en una escala regional.

Como se menciona, las observaciones sobre la organización espacial se enfocan en la centralidad del lugar y del entramado relativo a un núcleo en términos ideológicos, religiosos e ideológicos para entonces expandir o partir las perspectivas en este caso hacia las vías de comunicación reiterativamente con raigambre en el corazón o creación-fundación del lugar; aspecto que puede caracterizarse por su preminencia por sobre las necesidades, características, condicionantes y circunstancias materiales, naturales y, relativas al modo en que se produce el espacio y la vida desde los diferentes espacios y áreas lacustres o riverieños fuera del foco céntrico de la urbe insular. Y en este sentido habrá de contextualizar y también recurrir a las observaciones que en torno a la cuenca se vertieron, esto es poner en consideración las perspectivas que de los sitios riverieños también lacustres estuvieron en contacto y correlación política, comercial y cultural con la isla o islas.

Con esta consideración, diferentes narrativas dan lugar, a partir del núcleo, a las calzadas desde Teotihuacán hasta Tenochtitlán, pasando por las tierras bajas, las que forman parte muy significativa de la red urbana cívico-religiosa de los asentamientos en la cuenca. En las tierras altas su disposición sugiere un recorrido radial que «todavía, en parte, es observable en algunas loca-

lidades del Altiplano Central» de acuerdo con González Aparicio (1973:88 y 91), y también lo relatan diversos cronistas como lo es *Historia de la Nueva España* de Zorita (1909:141). González Aparicio (1973:82) se refiere a las poblaciones de la Altiplanicie y recuerda que «otra regla útil para determinar la estructura urbana, fue la de que los caminos y calles principales convergían en el centro ceremonial»; el sistema radial de calzadas, calles y caminos hacia el centro de convivencia se convierte en una constante, del urbanismo en las tierras altas (González A. 1973: 84; Zorita 1909:141); y, una vez proyectados los ejes principales de una comunidad y/o asentamiento, el trazado de un número basto de calles y caminos va paralelo a los primeros.

Se recurre una vez más con el objeto de robustecer esta perspectiva «que las tierras bajas mayas contaban con la presencia de amplias y rectilíneas calzadas, con la denominación de sacbés». Su destino era el de conectar diversos núcleos de los centros ceremoniales entre sí, y éstos con los de las ciudades de mayor relevancia, formando una red de caminos «verdaderamente sorprendente» como lo sugiere Bustillos Carrillo (1964) en *El sacbé de los mayas*. De esta manera tal aseercción va jugar dos papeles, por una parte, argumentar sobre un carácter regional (quizá «universal» —urbes americanas, indias y urbes europeas— para el contexto de mediados del siglo xx) y en segundo lugar, para establecer definitivamente un patrón del tipo lugar central-contorno y sus implicaciones narrativas, conceptuales y cartográficas.

A este respecto, la disposición interna de un centro de convivencia, como el de la ciudad de México-Tenochtitlan a partir de su crecimiento demográfico y transformación urbana, registra Calnek (1974:50) en *Conjunto urbano y modelo residencial en Tenochtitlan* se estructura en «tres partes bien definidas: el teocalli (núcleo de actividad religiosa), las casas reales o tecpan (asiento del poder cívico-militar) y la plaza-mercado o tianguis (centro de actividad comercial)». De esta conjunción de espacios urbanos diferenciados, continua el argumento, se cuenta con un primer desarrollo monumental en Teotihuacán, con la superposición del basamento de la Serpiente Emplumada y su plaza interior, y el Gran Conjunto de actividad administrativa y comercial. A partir de

esta unidad compuesta de los tres elementos básicos de carácter mesoamericano (militarismo teocrático, pueblo artesano y comercio) se observa de manera análoga el desenvolvimiento de la ciudad de México-Tenochtitlán.

Con mayor precisión Jiménez Martínez (2019:22) apunta que el núcleo urbano central se conocía con el nombre nahuatl de *altepenayotl* —textualmente matriz del altepetl—, en oposición a *altepemaitl* —dependencia aldeana—. En el *Altepenayotl* mexicana, el grupo cultural más numeroso y dominante, en la época de la ocupación española existía una significativa población foránea, posiblemente atraída por las circunstancias que generaba la actividad política, administrativa y comercial de la ciudad y por el hecho de «que los hijos o familiares directos de los nobles de numerosas ciudades sometidas eran obligados a residir en la urbe como rehenes, so pretexto de ser educados para servir a Motecuhzoma» (*ibid*: 22-23).

También vale observar como lo problematiza Jiménez Martínez, en Mesoamérica, desde la perspectiva indígena, la idea de ciudad no coincidía con el concepto europeo que se tenía de la misma como un conjunto habitacional de dimensión notable y alta densidad poblacional, cuyos habitantes se dedicaban a actividades fundamentalmente no agrarias. Una observación precisa en torno a esta línea es la recogida por Elena Bernal García y Angel García Zambrano (2006:96) en *El altepetl colonial y sus antecedentes prehispánicos*, plantea de manera general que, desde el punto de vista de la concepción de las ciudades europeas, la ciudad mesoamericana constituiría una unidad territorial en donde los espacios rurales y urbanos se imbrican unos con otros; la población y las construcciones arquitectónicas pertenecientes a tal unidad se extenderían de manera decreciente desde un núcleo densamente poblado, pasando por espacios entreverados de casas-habitación y tierras de cultivo, hasta la periferia lindante, la cual formaría parte de este entramado pero con una menor población.

En este sentido el razonamiento crítico de Jiménez, apunta a que, si bien las colindancias del altepetl, estaban bien establecidas, los límites de la ciudad no estaban claramente delimitados, lo que hace que se presenten dificultades para determinar la superficie de esta. Si a ello añadimos que los españoles denominaron, en algunas

ocasiones, como «cabecera» al corazón de la ciudad y como «sujetos» a estancias rurales, que según posiblemente formaban en algunos casos parte de la ciudad, la situación es de mayor complejidad al momento de hacer proyecciones adecuadas (*ibid*:23.24).

En el caso de México-Tenochtitlán continua la línea de argumentación, es importante señalar que, en 1519, alrededor de la isla principal existían varios enclaves dentro del lago, como los islotes de Atztacalco, Toltenco, Mixihucan, Itztacalco, Acachinanco, «y otros, de los que no se tiene constancia de si eran altepemame —plural de altepemaitl—, es decir, estancias del altepetl, o territorios administrados por un señor o teuctlahtoani», aunque sujetas a la autoridad de aquél; por tal motivo Jiménez no las considera para el cálculo del tamaño de la urbe (*ibid*).

En concordancia con la narrativa sobre los componentes que van produciendo el carácter urbano insular, un nuevo elemento se considera para la configuración constructiva de la «capital» relativo a que en la mayor parte de las «ciudades no imperiales» se observa una análoga distribución, pero con una reducción de las dimensiones y calidad arquitectónica del área ceremonial y, en torno de una amplia e indispensable plaza se asientan las unidades que conforman el centro de confluencia; con la especificidad que desde el inicio de la peregrinación, se reconoce la Jefatura encabezada por los cuatro teomamas con funciones de guías-religiosas y, que con el asentamiento definitivo y la construcción de la última «ermita» provisional (ayauhcalli), termina una presión de carácter religioso sobre el pueblo

Control que de inmediato renace y evoluciona hacia una teocracia militarista, con frecuente actividad bélica (Novoa 1970). A partir del inicio de la expansión tenochca rivalizan el poder cívico-militar y el religioso, hasta el punto de mezclarse, tal vez unificarse, los dos poderes con predominio en un exigente militarismo-teocrático. A pesar de esta conjunción militar y religiosa cada uno de los poderes se adjudica su propio espacio. A partir de la fuerza y consolidación del militarismo tenochca, para separar las dos autoridades aparecen los primeros patios cercados de pared. Su intención es la de deslindar con mayor firmeza, a pesar de su yuxtaposición, el poder sacerdotal y espacio religioso del cívico-militar preponderante (Gussinyer, 2001:124)



Unknown artists. «The Conquest of Tenochtitlán,» from the Conquest of México series, Mexico, second half of seventeenth century, Oil on canvas. Jay I. Kislak Collection Rare Book and Special Collections Division, Library of Congress (26.2)

En esta dirección de información, emerge o se reconoce la idea de «las casas reales» y la suerte de «palacios de la nobleza con un gran esplendor» según Orozco (1973:21) en *Historia de la ciudad de México*; Sanders & Webster (1988:535) en *The Mesoamerican Urban Tradition*; particularmente, *Relación de la Nueva España* de Conquistador A. (1986:151); *Una visión crítica de la historia de conquista de México-Tenochtitlan* de Guzmán (1989-52); y, 1965. «Tenochtitlan. La gran metrópoli» de Bernal (1965 :12-13), argumentos con común denominador en un conglomerado religioso-militar, que basado en la actividad bélica se consolida en poder cívico-militar adjunto a la amplia plaza-tianguis, en la que se desarrolla la actividad comercial, de acuerdo con *Los primeros centros urbanos* de Novoa (1970:4); Bernal (*ibid*:20); y *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista* de Soustelle (1984:34).

La línea de argumentación radica en que la ocupación militar y la expansión mercantil van siempre a unísono en Mesoamérica, con especial énfasis «en la etapa azteca de su historia» de acuerdo con *Los Pochteca* de Acosta S. (1945:34); y la Información obtenida de *Historia general de las cosas de Nueva España*, de Sahagún (1961); con énfasis en que la plaza-mercado de Tenochtitlán después de la ocupación de Tlatelolco, pierde fuerza por la importancia del tianguis de esta ciudad de acuerdo con la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Díaz del Castillo (1968 1:279). De esta manera, con la definitiva unidad Tenochtitlán-Tlatelolco, a los tenochca les corresponde la responsabilidad militar e imposición tributaria (Bernal 1965:16); y luego entonces encabezan la expansión territorial, su contraparte los tlatelolca controlan la mayor parte del comercio (Bernal 1965:18 y 21).

En términos del territorio o la relativa y no clara demarcación, subyacen dos elementos importantes: por una parte, las dos ciudades, que en realidad son parte de una unidad, son delimitadas o separadas por un canal según Calnek (1974:22) y, al centro de la ciudad México-Tenochtitlán, hacia el cual confluyen los cuatro campan, de acuerdo con Conquistador Anónimo (1986:49-51) le corresponde el espacio de mayor calidad arquitectónica, de actividad religiosa, responsabilidad militar e intercambio poblacional y movilidad en torno al entorno lacustre.

De esta manera, la reiterada y consolidada imagen de un centro de actividad cívico-religioso como punto de partida para cualquier asentamiento de acuerdo con Jordi Gussinyer permanecerá después de la ocupación europea. Igualmente es todavía posible observarlo en bastantes poblaciones virreinales del Anáhuac y de la Nueva España y, para ejemplo se considera el testimonio de Luis González Aparicio (1973:87) que respecto a la población chinampaneca de Churubusco registra que "a partir de estos dos centros (convento de San Mateo y San Diego), se determinaron las calles y acequias de la ciudad siguiendo en parte la retícula existente y observando la costumbre indígena de intercalar calles de agua entre las de tierra».

Es rumbo a las tres últimas décadas del siglo xx que se observa que «la traza de las nuevas comunidades con una mayoría nativa conserva, con frecuencia, la idea de una gran plaza de tradición precolombina», con las estructuras constructivas públicas establecidas en su entorno: el asentamiento se halla disperso en torno de la unidad central (*ibid*:87-89).

En la dirección de la organización del asentamiento (político-administrativo-religioso) se puede mencionar (como una escala menor) los *campan*, que se localizan alrededor del núcleo cívico-religioso que conocemos por el Templo Mayor, desde el inicio de la ciudad; los cuatro *campan* (barrios grandes o parcialidades) de acuerdo con *Monarquía Indiana* de Torquemada (I:295, II:545) así como *Conjunto urbano y modelo residencial*

en Tenochtitlan de Calnek (1974:24), se reconocen como espacios que se entrelazan con las calzadas que, partiendo de la zona-centro divergen, hacia el exterior de acuerdo con los puntos cardinales según Monzón (1949:32).

Se trata de amplias zonas de carácter habitacional con capacidad administrativa y gubernamental, las que, en su interior albergan núcleos de población de diversa conformación social, distribución demográfica y capacidad urbana. Estas cuatro grandes unidades se dividen a su vez en otras menores que Calnek (1974:24) llama tlaxilcalli, y Monzón (1949: 31) Calpulli. De acuerdo con Torquemada (1969 11:545) en cualquier población del Altiplano, en el interior de los campan o «Parcialidades estaban repartidas por calpules, que son barrios». Para Tenochtitlán de acuerdo con Calnek (1975:24-25) hasta la actualidad se desconoce el número más o menos exacto de tlaxilcallio tal vez calpulli en el interior de cada campan o parcialidad.

Cabe señalar que según Jordi Gussinyer al iniciarse el asentamiento definitivo de los aztecas o mexicas hacia 1345, «la división del espacio en cuatro partes, influyó considerablemente en el posterior trazado urbano de la comunidad tenochca».

De acuerdo con *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista* de Soustelle (1984:26), cada uno de los «barrios grandes» tenía su propia organización interna y su «régulo» (jefe militar); personaje que, siguiendo este argumento, era nombrado por el *huey tlatoanil*. También lo tenían, pero con menor relevancia, los calpulli según Monzón (1949:78) y Torquemada (1969 1:294). Cada campan contaba con un centro de actividad cívico-religiosa y de mercado; conjunto que se articula a través de una disposición arquitectónica análoga al núcleo central de la ciudad, pero con los espacios abiertos más reducidos y las estructuras arquitectónicas de menor interés constructivo como lo registra Sanders & Webster (1988:535). Cabe hacer mención que una de estas cuatro unidades administrativas y religiosas sería la más substancial.

Y, que en estos conjuntos arquitectónicos se resuelven la mayor parte de los problemas administrativos, los deberes religiosos y las necesidades de subsistencia de los habitantes del campan. Pero con la conquista de Tlatelolco se integra esta comunidad a Tenochtitlan, como una nueva parcialidad. Resultando el primitivo conjunto y la equilibrada estructuración urbana de la ciudad compuesta de cuatro unidades alrededor del centro de convivencia, en la desarticulación orgánica, con la incorporación del campan Tlatelolco.

Siguiendo a Jordi Gussinyer (2001), al arribo de los europeos, su propósito urbano respecto a los cuatro campan se mantiene (al norte Cuexpopan, lugar donde se abren las flores); al oriente Teopan (el barrio del templo); al sur Moyotlan (lugar de mosquitos); al oeste Atzacolco (casa de las garzas) y finalmente Tlatelolco; pero cambian el nombre y se transforman en parcialidades. Es así que, a partir del virreinato, a cada una de las «nuevas» parcialidades se le impone una denominación cristiana (Santa María la Redonda, San Pablo, San Juan, San Sebastián y Santiago según Eulalia Guzmán (1989:193); y, dicha conversión de los campan en parcialidades con nombres de origen cristiano ha facilitado la identificación de su antiguo trazado en el actual plano de la ciudad.

Con la ocupación europea en el sitio en que se encontraba el teocalli de cada uno de los campan, encima de sus escombros, se asienta un templo cristiano titular del campan o parcialidad de acuerdo con *Historia de los Indios de la Nueva España* de Durán (1967, II:50). Y, durante la administración virreinal el tianguis de los campan, se convierte en plaza pública junto a la iglesia; así también las antiguas estructuras del tecpan son apropiadas por algún «conquistador» para subsecuentemente desaparecer los edificios, y los solares se ocupan para habitación de ellos, de acuerdo con Gussinyer (2001).

De una menor proporción escalar los calpulli como unidad social presenta también algunas características

en relación con el espacio. De acuerdo con las crónicas, al iniciarse la peregrinación los llamados aztecas se conformaban de siete calpulli. Con el tiempo su número aumenta, y al alcanzar el asiento definitivo llega aproximadamente a veinte. Al convertirse en comunidad sedentaria los mexica, los transforman en unidades territoriales, concedidas a grupos con relaciones de parentesco de acuerdo con *La organización política y social de los aztecas* de Moreno (1971:38); por ascendencia se les asigna una superficie de terreno procedente de la propiedad comunal según *El Calpulli en la organización social de los Aztecas* de Monzón (1949:61-62) y, Torquemada (1969, II:545).

Siguiendo a Jordi Gussinyer (2001: 129.129) cada calpulli se subdivide en familias biológicas y a cada una le corresponde una parcela del terreno adjudicado al calpulli, igualmente cuentan con el derecho de traspasarla de padres a hijos, pero con la imposibilidad de venderla. En los inicios del asentamiento es probable que cada familia contara con una superficie suficiente para subsistir de la agricultura como complemento de la caza, la pesca y la recolección. Dicha unidad con el crecimiento demográfico y emplazamiento de la ciudad, como capital de un estado, va a reducirse a su mínima expresión. En una situación de esta índole menciona nuevamente Monzón (1949:47), siendo esta porción de terreno insuficiente para la subsistencia, la economía doméstica evoluciona hacia la manufactura, el comercio, la pesca u otra actividad junto con una cauta producción agrícola.

Calnek (1974:48) apunta que con la invasión europea una buena parte de los calpulli ya habían perdido o reducido al mínimo su antigua actividad agrícola; en la etapa de expansión tenochca, la economía de México-Tenochtitlan gira básicamente entorno del comercio, los tributos y las manufacturas de acuerdo con Gruzinski (1996:178); Guzmán (1989:192); y Bernal (1965:18-21).

Gruzinski (1996:201) argumenta que en un principio buena parte de los productos agrícolas provienen de las chinampas, sin embargo, con la consolidación y hegemonía de los mexicas en el Anáhuac, proceden mayormente, de las zonas y regiones de tierra firme conquistadas; en este contexto el calpulli a pesar de su cambio de función, en el desenvolvimiento urbano de la ciudad, continua como unidad territorial. El control administrativo lo dirige una compleja organización encabezada por el calpúllec según Eulalia Guzmán (1989:191).

De acuerdo con A. Monzón (1949:38), una vez los aztecas sedentarizados, los calpulli se convierten en grupos cerrados propietarios de terrenos. Siguiendo el argumento, parece ser que pierden esta hegemonía sobre el espacio urbano y se transforman con dirección al concepto de barrio, característico de Mesoamérica. Pero, a pesar de esta y otras circunstancias existe todavía una cierta discrepancia entre diversos etnohistoriadores sobre la realidad, función y destino de los calpullis, argumenta Calnek (1974:20).

Se observa que en etapas tardías cercanas a la ocupación española es posible encontrar, en los calpullis, bastantes familias ajenas a la actividad agrícola como pueden ser, por ejemplo, artesanos, comerciantes o pescadores; hasta el punto de llegar a subdividirse en pequeños barrios interiores, congregándose en ellos los individuos con una misma o semejante actividad, como tuvo lugar en Teotihuacán.

Aunque existen razones para tender asociaciones entre calpulli y el concepto de barrio particularmente orgánicas, se reitera la forma de analogía, en esta ocasión de estas unidades como «corporaciones con una orientación semejante a los gremios medievales» de acuerdo con *El problema de integración en la sociedad teotihuacana* de Milion (1966:151) y, Guzmán (1989:192). Relativo a las asociaciones político-religioso o

ideológico se precisa que estas pequeñas unidades contaban con su deidad protectora; estableciéndose una estrecha unión entre calpulli-barrio, gremio y deidad.

De acuerdo con *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)* de Charles Gibson (1967:37) con el paso del tiempo, los calpulli pierden su inicial significación antropológica, hasta evolucionar en unidades administrativas simples y ajenas a sus primigenias funciones; «con la invasión europea el calpulli se convierte en el sujeto español ya fuera barrio o estancia y se subordina a la cabecera». Y específicamente en relación con el uso y organización del espacio, en las estructuras públicas del área de convivencia al interior de un calpulli se repite, a escala menor, la distribución arquitectónica del centro matriz de la urbe: «cada calpulli contaba con su teocalli consagrado a la deidad tutelar del clan-calpulli (calputéotl dios del calpulli), junto con una casa-habitación residencia del calpúllec y el tepochcalli (especie de colegio religioso y militar)».

Entonces toda configuración, se presenta en correspondencia con el entorno de una amplia plaza-tianguis, de acuerdo con la antigua práctica mesoamericana de templo, plaza y palacio; en esta dirección, la usanza urbana de distribuir una comunidad de la ciudad en «barrios» era común en la mayor parte de Mesoamérica; con fuerte persistencia temporal y con bastante arraigo en las zonas indígenas con actividad agrícola, como lo registra González Aparicio (1973:84) en el *Plano reconstructivo de la región de Tenochtitlan*. De esta manera se argumenta que, por ejemplo, la ciudad de México-Tenochtitlán buena parte de la configuración interior basada en los calpulli estaba dividida en unos 100 pabellones o salones, cada uno de los cuales era una unidad de especialización artesanal; siete de estos pabellones o salones albergaban a los comerciantes profesionales según Sanders & Webster (1988:535).

Por último, con respecto a las unidades sociales o territoriales, la menor o en términos escalares, la unidad más pequeña (que se enuncia en términos historiográficos) se define como los Tlaxilacalli. En referencia nuevamente a *El Calpulli en la organización social de los Aztecas* de Arturo Monzón (1949:32) así como *Monarquía Indiana* de Torquemada (1969, II:545), los calpulli se dividían en diversos tlaxilacalli. Su traducción tiene que ver con «calle» o «barrio menor» y, de acuerdo con estas obras se los considera «barrios pequeños». Estos conjuntos de habitación pudieron haber sido parte de una forma de agrupamiento gremial característico de Mesoamérica. Y de acuerdo con (Sanders & Webster (1988:535), una situación semejante se observa en Teotihuacán, en Tlaltelolco y en el área maya.

Monzón (1949:33-34) apunta que los tlaxilacalli podrían darse en otras partes además de los calpulli: «los tlaxilacalli llamados Teocaltitlan se integran en el interior de cada uno de los campan y corresponden al lugar de los templos». Cada tlaxilacalli contaba con su deidad y su templo, la presencia de esta unidad de arquitectura con carácter religioso o ritual, junto con la de los calpulli y campan sumaban más de dos mil, de acuerdo con *Historia de la Conquista de México* de Antonio Solís (1968:170).

Preliminares observaciones y aproximaciones apuntan que la mayor parte de estas subdivisiones de carácter territorial tienen alguna relación con relaciones de parentesco, «por mencionarse las tlaxilacallis como fundadas por parejas y campan formadas por calpullis allegados» de acuerdo con Monzón (1949:34). De acuerdo con Sanders (2000:360) cada campan se dividían en barrios más pequeños, en este caso denominados en las fuentes españolas como Tlaxillacallis en lugar de calpullis; los Tlaxillacallis se dividían en unidades territoriales más pequeñas y sin nombre.

Cabe reparar en que esta configuración organizativa, administrativa y constructiva establece un conocimiento al interior del emplazamiento tenochca y presenta posibilidades de correlacionar la distribución espacial insular con miras en la afectación, diseño, adecuación, proyección y trazado de las delimitaciones o mejor dicho bordes materiales y sedimentados del islote; esto es interrogar sobre la implicación de la organización de

la vida política e ideológica por sobre su propio espacio con especificidad no en una arquitectura monumental o pública, sistemas, métodos o técnicas constructivos (elementos que revisamos de forma somera), sino respecto a detener o impedir materialmente el flujo del agua lacustre. En este sentido, qué procesos, prácticas, políticas o incluso hábitos pudieron participar en la demarcación manual y física del espacio insular.

De qué manera la organización interior se corresponde, choca, contrapone o contribuye al proceso de formación o no de la materialidad de los límites insulares, respecto al contexto y vida lacustre. Si bien no son determinantes para la constitución formal de las divisiones terrestres y ácuas, nos aportan elementos para comprender las necesidades de adecuación, ampliación y transformación territorial.

Transformaciones formales del contexto lacustre respecto de la urbe

Como lo observamos anteriormente, habremos de preguntarnos si hay alguna determinación significativa desde el interior o centro de la ciudad o a partir del contexto lacustre y palustre, para la formación y consolidación territorial insular; o si se presenta alguna forma de interacción no necesariamente supeditada al entorno político, religioso e ideológicamente centrado y centralizado; en este sentido también los elementos constructivos no necesariamente funcionales tanto a las descripciones y construcciones historiográficas, como a las necesidades territoriales, militares, bélicas y comerciales tenochcas, deben ser observados. Nos referimos a obras, ampliaciones, fabricaciones y manejo ingenieril y constructivo mediado entre el espacio insular y el lacustre.

Con respecto a las obras hidráulicas y la ampliación de la ciudad, es significativo apuntar como lo mencionamos, otra obra importante como lo es el Albarradón de Netzahualcóyotl, con el que se impedían las inundaciones y al mismo tiempo se evitaba que las aguas saladas de Texcoco se mezclaran con las dulces del lago de México. Su trazo iba del cerro de la Estrella en Ixtapalapa al del Tepeyac; por otra parte, y también de enorme relevancia, alrededor del islote original, con base en estacones, tierra y piedra de origen basáltico y volcánico se fue construyendo y cimentando lo que se conoció, según algunos autores, como Isla de los Perros, y que daría lugar a México-Tenochtitlán. A partir de islas pequeñas o islotes, los pobladores, en un contexto agreste, fabricaron sus ampliaciones de suelo o de tierra; ahondar canales, terraplenar bordes y construir sobre el lecho lacustre, calzadas y puentes o vías de acceso o salida (Huerta, 2007).

Con el desenvolvimiento político, administrativo y de intercambio comercial, la isla principal o ampliada dejó de ser suficiente, los pobladores empezaron a bordearla con chinampas que no sólo funcionaron para sembrar, sino para sobreponer en ellas construcciones de adobe o de bajareque. Estas áreas, generalmente de grandes extensiones, dieron origen a un sinnúmero de manzanas y caminos, que se distribuyeron de tal modo que configuraron la topografía del suelo de la ciudad de México, específicamente lo que se reconoce como Ciudad Central (Sánchez y Lujano, 2021). Las chinampas, o camas de tierra, se sumaron alrededor de los núcleos territoriales de Tenochtitlán y Tlatelolco, así como a lo largo de las principales calzadas.

Su forma rectangular definió o delineó un sistema de canales que dio al conjunto del suelo una regularidad tal que podría reconocerse un orden o configuración urbana. Las chinampas fueron separadas únicamente por canales o acalotes, se transformaron con el tiempo hasta sedimentarse como amplias extensiones de tierra firme. Se aprovecharon otras islas, bancos de arena y fango, así como zonas pantanosas, o marjales, mediante obras de relleno constructivo que ampliaron y consolidaron en parte los suelos del asentamiento original. Del límite norte de Tlatelolco, frente a la población ribereña del Tepeyac, hasta los pantanos que lentamente se transformaban en el lago, se señaló el límite meridional del espacio urbano. En términos constructivos y propiamente del suelo o suelos, hacia el oeste, «más o menos hasta el actual Bucareli, estaba Atampla: a la orilla del agua; y Chichimecapán, en tanto que por el oriente llegaban a Atlixco: donde nace el agua; ahí comenzaba la zona libre del lago de Texcoco» (Huerta, 2007:32).

La condición insular urbana obligó a los antiguos tenochcas a trazar caminos para integrarse con la tierra firme, que simultáneamente servían de diques; con base en estacones en dos líneas paralelas, llenaron vacíos con cargas de piedra con arcilla batida. La altura, sobre el nivel del agua, era de más de un metro. Es posible que los diques se interrumpieran mediante compuertas para dejar entradas de agua, en razón de los diferentes niveles de los lagos y su flujo y reflujos de corrientes de agua. También la marea natural de estos vasos provocaba corrientes y remolinos que debieron ser de alto riesgo en el caso de no nivelarse las aguas. Esto es, la utilización de las esclusas, para controlar los niveles de agua (Velázquez, 1982; Villalobos, 1982; Huerta, 2007).

Las calzadas fueron los ejes rectores; uno iba de norte a sur, señalando la traza de Tepeyac-Tlatelolco-Tenochtitlán-Coyoacán, y el otro, de poniente a oriente, marcado por Tlacopan y el centro de la propia Tenochtitlán. Con rumbo al oriente, la urbe se detenía frente al lago, por lo que se hacía necesario utilizar canoas para arribar a sitios como Texcoco. Al sur se construyó la calzada de Ixtapalapa, en el sitio donde el lago era más profundo. En general, las calzadas de la misma forma que los diques, fueron cubiertas por un estrato sólido, que les daba aspecto de gran vía; de trecho a trecho había pasos que podían quitarse según las necesidades emergentes. Tomando como punto de referencia el centro citadino se encontraba en línea recta Coyoacán a 1 km, Tacuba a 6 km y Texcoco a 29 km.

Las chinampas aumentaron en número, y con ello las calles bordeadas por veredas; había unas totalmente de agua, de modo que solo se podían transitar mediante pequeñas embarcaciones; casi siempre correspondían a las espaldas de las casas y a los camellones; otras de tierra, bastante angostas, daban al frente de las zonas habitacionales. Unas más anchas y en buen número, mitad tierra y mitad agua. Respecto a su sistema constructivo, se trata de un estacado perimetral con amarre continuo, parecido a lo que conocemos como un corral, al interior del que se deposita un determinado volumen de tierra que pueda contener sin desfondarse; de acuerdo con Villalobos (1982:127-129) los materiales más resistentes

del estacado debieron componer las esquinas y el centro de la cerca continua rectangular y, una vez terminado este proceso, se continuaba con el enrase del terreno, preparado para la siembra, no así para la habitación, porque implica que la tierra contuviera sedimentos depositados sobre la superficie del fondo del lago, para evitar los asentamientos diferenciales.

Posiblemente el despliegue o ampliación territoriales se emplazaba con base en las áreas de cultivo, consecutivamente transformados en tierras de trabajo y a su vez, en asentamientos habitacionales; alternativamente se debió contar con sistemas de cimentación no necesariamente modélicos para evitar el descenso de la superficie de desplante, por amontonamiento de rocas o también por pilotaje en los amarres de la estructura al nivel de su desplante constructivo (*ídem*:128). A este respecto, Gussinyer expone que los tres procesos de sistemas de cimentación utilizados en la época prehispánica fueron inicialmente con rellenos de tierra y piedra, la segunda basada en la utilización de las construcciones anteriores y sobre de estas ampliaciones a modo de «subestructuras» y, la tercera basada en la colocación de pilotes y estacas (Gussinyer,1974:36,39).

También es importante hacer mención de que en el cruce de aguas había puentes de anchas vigas que podían removerse según fuera necesario para el paso de embarcaciones. El vital movimiento y las diferentes técnicas y tecnologías tiene que ver con las necesidades de reproducción social, alimentación e intercambio, por ejemplo, se puede notar, que de las aguas que rodeaban los poblados se extraían diariamente, a principios del siglo xvi, más de un millón de pescados para consumo de los habitantes del Valle, con implicaciones directas en la fabricación de instrumentos para resolver y hacer usufructo del medio.

Para la época de Motecuhzoma Xocoyotzin y de la ocupación española, la Cuenca contaba con sistemas hidráulicos complejos que conforman, en zonas firmes, toda una red de canales y acequias que permitían no sólo el abastecimiento de agua a las chinampas, sino que habilitaron el flujo y transporte de productos, por vía acuática, desde lugares relativamente distantes, po-

siblemente rivereños, por ejemplo, en el sur de la Cuenca se ubicaba y ubica la zona chinampera, Xochimilco, Tláhuac, Mixquic y Xico locaciones que componían un sistema de canales que hasta la última mitad del siglo xx fue visible; incluso de acuerdo con Villalobos (1982) previamente a la desecación de las aguas del Lago de Chalco, Tláhuac se había transformado de Isla a península al haber sido posiblemente rebasada por el proceso de expansión sobre el territorio lacustre.

Relacionada con este modo de producción de vida lacustre e insular, las prácticas relativas a la navegación fueron una actividad de primordial importancia en el Anáhuac, además de la construcción de muelles y embarcaderos debió haber existido toda una industria náutica floreciente con astilleros, trabajadores manuales y un consumo significativo de maderas, aunque por su naturaleza es difícil contar con referencias arqueológicas o históricas al respecto. Posiblemente como alternativa al uso de animales de tiro, la transportación naval fue utilizada para muy diversas actividades, desde la distribución de agua potable, hasta para ejercicios de observación o conocimiento; tal como lo pudo haber hecho Motecuhzoma y seguramente más personajes.

Bernal Díaz del Castillo (1968) lo describe aproximadamente de tal forma que proyecta una imagen de una gran laguna con una multitud de canoas, que venían con bastimentos mientras otras volvían con cargas y mercaderías; igualmente la noción de que cada casa de la gran ciudad y de todas las demás ciudades que estaban pobladas y asentadas en torno al agua, de casa en casa, no se pasaba sino por puentes levadizos que tenían techos de madera o de canoas. Imagen que, más que evocar nos refiere a una dinámica relativa al intercambio, transporte, construcción y transformación pre urbana o como entretejido entre la vida terrestre, insular y la rivereña.

El desarrollo de la navegación y la comunicación por múltiples medios, involucró la construcción de distintos embarcaderos. El principal de ellos llamado Tetamazolco: «lugar del sapo de piedra»; se encontraba donde está la actual iglesia de San Lázaro; desde el que partían las embarcaciones para Texcoco. Otro embarcadero (descu-

bierto en 1992), estaba en una pequeña laguna, al sudeste de Tlatelolco, más tarde conocido con el nombre de La Lagunilla; el cual tenía acceso por varias acequias para descargar y guardar canoas o embarcaciones.

Uno más en esta red, lo constituía la acequia llamada «canal de los Toltecas» en la calzada de Tacuba; era muy ancha y servía de embarcadero en el sitio conocido como Toltecalco. Al sur, según Sahagún (1956), estaba el desembarcadero Acachinanco, próximo a la iglesia de San Antón (San Antonio Abad). Es probable que en la parte poniente de la urbe, donde terminaba el camino Aminco Atenámitl que conectaba el peñón de Tepetzinco se hallaba otro, de menor tamaño. En general los embarcaderos tanto interiores como ribereños estaban contruidos con pilotes o estacones y las cubiertas fabricadas con vigas de madera (Huerta, 2007:34-36).

Las formas, adecuaciones, ampliaciones, así como el crecimiento chinampero o con base en «camas constructivas» y la reconstrucción limítrofe, están concatenadas también con la presión ácuea y lacustre, las necesidades portuarias o al menos de recepción de productos de los lagos y la cuenca de México. Las condiciones climáticas e hidrológicas, así como el propio manejo y adaptación respecto a factores y fenómenos de carácter natural, inciden también en los procesos de formación del territorio insular y, con seguridad en las múltiples percepciones que se tenían desde los diferentes puntos y lugares al exterior de la urbe.

Huellas y rastros de cartografía indígena

Una línea de argumentación para pensar y reflexionar sobre la inexactitud, precisión, localización y espacialización de la urbe azteca, mexica o tenochca, tiene que ver como lo sugiere el arqueólogo Israel Hinojosa (2009) con la observación de manera general en torno a la producción de fuentes que sobre su espacio, asentamiento o lugares, nos proporcionan o proporcionaron los constructores o sujetos creadores. El propósito es comprender en correspondencia con las observaciones críticas en torno a la perspectiva arquetípica o modelica novohispana, que a través de decurso del tiempo se presentan ausencia, huecos y sesgos respecto a los planes o modelos que nos puedan mostrar una intencionalidad explícita propiamente de las características constructivas, técnico-espaciales, arquitectónicas o urbanísticas, pero sustancialmente materiales y matéricas del lugar y, de su representación.

Hasta el momento no se conoce ningún mapa prehispánico que haya sobrevivido a la Conquista, puesto que algunos documentos precolombinos que se conservan y que se entienden como representaciones cartográficas, no pueden ser considerados mapas en el sentido estricto del término (léase geográfico) de acuerdo con *Mapa de México-Tenochtitlan y sus contornos hacia 1550* de León-Portilla y Aguilera, (1986), así como *Los elemen-*

tos topográficos de tradición indígena en los mapas de la región de Tula de Salvador Reyes (2003), a partir del cual se considera que aunque los dibujantes usaron convencionalismos para simbolizar los rasgos físicos del paisaje y registraron acontecimientos histórico-genealógicos, se puede imaginar que no sabían dissociar la dimensión espacial de la temporal y, que la representación exclusiva del espacio en época prehispánica no existía.

Respecto a esta observación Hinojosa argumenta que la representación exclusiva del espacio es sólo una parte de la cartografía y, por eso, de ninguna forma se cree que los códices que aparentemente deban descartarse en un estudio cartográfico; por el contrario, deben estudiarse minuciosamente desde un punto de vista geográfico que relacione espacio y tiempo. Igualmente, que, los indígenas conocían métodos para elaborar mapas complejos, incluso antes del proceso de aculturación. Reyes Equiguas (2003) registra que el complejo sistema simbólico cartográfico indígena pone de manifiesto las variadas convenciones topográficas usadas por los cartógrafos indígenas, cuya representación del paisaje es análoga a los modernos sistemas de simbología topográfica; además de que, en un proceso de compartición cultural, probablemente resultado de la aculturación, probablemente algunos elementos de la simbología cartográfica indígena, impactaron los convencionalismos europeos

que se desarrollaron durante los siglos posteriores a la conquista, de hecho, según Reyes, «la relación de los funcionarios coloniales con los indígenas en la manufactura de los mapas era más para consultarlos que para instruirlos» (*ibid*, 2003: 183).

A partir de las obras referidas de León-Portilla (1986) y Aguilera, Reyes (2003) así como *Plano de la Ciudad de México: Siglos XVI y XVII. Estudio urbanístico y bibliográfico* de Toussaint *et al* (1990) Israel Hinojosa apunta que los indígenas del siglo XVI, contaban con símbolos para representar las corrientes de agua y los diferentes tipos de caminos; así mismo de acuerdo a estos, existió una convención para demarcar los suelos, las rocas y los cerros; subrayando que otro elemento dentro de la cartografía indígena que puede considerarse como tal, según dichos investigadores, es el uso de glifos toponímicos para representar gráficamente, la ubicación y el nombre de lugares y también algunos glifos o dibujos representando la flora y la fauna.

Específicamente a través de esta observación, que implica cierto grado de complejidad para separar o disectar, como si se tratara de un laboratorio zoológico, los rasgos, sesgos y manufactura técnicos en las representaciones coetáneas o ulteriores a la ocupación española, se sugiere que tanto la Ciudad de México como la cartografía del siglo XVI, sufrieron un proceso de aculturación que

puede percibirse a través de la composición y montaje de estilos, formas y convenciones que muestran los mapas de la época —como los que se incluyen en el libro *Cartografía de tradición indígena. Mapas de Mercedes de Tierra siglos XVI y XVII* (2003)—. Debido a esta mixtura, los documentos cartográficos pueden analizarse desde diferentes puntos de vista, pero también sin una perspectiva parcialmente eurocentrada ni indigenista; por ello, de acuerdo con Hinojosa, revisamos de manera general el análisis del Mapa de Nüremberg y el Mapa de Uppsala el cual resulta en una diferenciación cualitativa.

A este respecto Hinojosa plantea que las características que uno y otro presentan —en cuanto a fusión de elementos de una y otra cultura— enmarca su estudio desde el punto de vista de la aculturación y, por el cruce de información arqueológica e histórica, es factible correlacionarlos espacialmente a partir de los rasgos urbanos que uno y otro mapa comparten. Esto es, reconocer interconexiones, elementos cruzados, así como marcas que necesariamente tienen que ver cómo los registros españoles abrevan, aprehenden, aprenden, descartan y reconocen respecto a los saberes, observaciones y marcas materiales de los fabricantes, productores y dibujantes indígenas.

Huellas del Mapa de Nüremberg

Este mapa es el único documento cartográfico de Tenochtitlan antes que fuera ocupada y abatida, nos muestra elementos urbanos — calzadas principales, albarradas, plazas, edificaciones o templos, acequias y canales—, simbología indígena para aproximarnos a una reconstrucción hipotética de la plataforma que rodea el Recinto Sagrado de Tenochtitlan y de acuerdo con Hinojosa (2009) hacer inferencias sobre la construcción de la ciudad novohispana; de acuerdo con el arqueólogo, el origen enigmático del mapa ha generado al menos tres hipótesis sobre su origen: primero, que el mapa no fue elaborado por Hernán Cortés, sino por algún soldado de su compañía. Manuel Toussaint (1990) propone que el mapa lo elaboró algún soldado de Cortés y desecha la hipótesis de que el mapa fuera elaborado por Cortés debido a que ningún documento consigna que el conquistador fuese dibujante y, no hay alguna factura de manufactura sobre este.

Por otra parte, Martínez Baracs (2006) indica que el mapa fue mandado a hacer a amantecas durante el sitio militar a la urbe y posteriormente —ya con modificaciones— se envió una copia a Carlos V que, sería en adelante la utilizada en Nüremberg.

La segunda hipótesis apunta que el mapa se basa en un diseño elaborado por un tlacuilo. El biógrafo de

Cortés, José Luis Martínez (1990a: 311), la confirma cuando afirma que el testimonio de Pedro Mártir y el del Cortés —que señala que había gente diestra en la elaboración de planos—, son evidencias de que existió un plano elaborado por algún tlacuilo conocedor de la topografía de la ciudad, con base en el que se basaron los soldados de Cortés para fabricar el que utilizaron para el sitio y ocupación de la ciudad mexicana. Hinojosa (2009) considera que el mapa original fue elaborado por un tlacuilo y reelaborado por algún soldado de Cortés y, posteriormente, la copia modificada fue enviada a Carlos V. De acuerdo a José Luis Martínez, el mapa tuvo que ser dibujado después de que los españoles fueran expulsados de Tenochtitlan, porque de otra forma Cortés lo hubiera enviado con la Segunda Carta de Relación en la que no se menciona.

En su principio el mapa pudo haber seguido un sentido táctico por medio del que los conquistadores proyectaran o tuvieran un esquema donde se indicaran las calzadas, sus cortes y la ubicación de edificaciones, porque preparaban un ataque a la ciudad (Martínez, 1990a). De acuerdo a Hinojosa (2009) esta versión se contrapone a la propuesta por Toussaint debido a que para él se tuvo que dibujar antes de que los mexicanos le declararan la guerra a los españoles —después de la matanza del Templo Mayor—.



Esta es la xilografía del mapa de Utopía tal y como aparece en la Utopía de Tomás Moro impresa por Dirk Martens en diciembre de 1516 (la primera edición). By Bibliothèque Nationale de France - Utopia Thomas More (1516), CC BY-SA 4.0, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=87428991>



Una xilografía de Ambrosius Holbein, que ilustra una edición de 1518. En la parte inferior izquierda, Rafael describe la isla Utopía. Ambrosius Holbein - Folger Shakespeare Library Digital Image Collection <http://luna.folger.edu/luna/servlet/s/8855bx> Public Domain. En 1516 fue publicada la primera versión de Utopia en Lovaina, Bélgica, donde aparece un mapa de Utopia que tiene trazos aparentemente de mayor simpleza que el que aparece en la versión publicada en 1518 en Basel, Suiza, dibujada por Ambrosius Holbein. Por la cercanía geográfica y porque se consideraba que en Nüremberg estaban los mejores grabadores de Alemania, no es difícil que los artistas e impresores hayan conocido una copia de alguna edición, lo que no necesariamente explicaría la supuesta similitud (Hinojosa, 2009:100)

La tercera hipótesis apunta que el mapa es una idealización de la ciudad indígena que se elaboró a partir de las descripciones de Hernán Cortés, y que, más tarde, envió a España, sin embargo, no se conoce hasta nuestros días algún mapa que haya llegado a Europa que muestre la Ciudad de México y sus contornos que pueda considerarse como el modelo original en el cual se basaron los impresores de Nüremberg. Hinojosa apunta que la similitud entre el Mapa de Nüremberg y el mapa que se incluye en *Utopía* de Tomás Moro «es tal, que hay

quien afirma que los impresores de Nüremberg basaron sus trazos en este mapa utópico y en las descripciones plasmadas en las Cartas de Relación para elaborar el de México-Tenochtitlan de acuerdo a *Mapas antiguos del valle de México* de Ola Apenes (1947); *Hernán Cortés* de José Luis Martínez (1990a); *Reseña: Anales de Tlatelolco* de Martínez Baracs (2006); Carmen Medina (2007); *Plano de la Ciudad de México: siglos XVI y XVII...* de Toussaint et al., y *Mapa de México-Tenochtitlan...* De León-Portilla y Aguilera (1986).

A partir de estas tres hipótesis no necesariamente excluyentes entre sí, se considera que el diseño original pudo haber sido indígena, pero con añadiduras españolas y que en Nüremberg de acuerdo con Hinojosa (2009) se haya idealizado la ciudad representada con base en el mapa de Utopía. No hay certeza si el mapa original fue elaborado en México-Tenochtitlan durante la ocupación pacífica de la ciudad o, en cambio, lo elaboraron los aliados indígenas de los españoles durante la guerra, pero como lo rastrea y pesquisan varios estudios mencionados se presentan indicios para anunciar que fue elaborado por un tlacuilo. Con los datos que se disponen, únicamente es posible plantear algunas conjeturas, por ejemplo,

si el mapa fue dibujado en la Ciudad de México antes de la guerra, probablemente lo dibujó algún mexica, pero si se hizo después de la matanza de Templo Mayor, es poco probable que los tlacuilos fueran mexicas, a no ser que se tratara de un prisionero o acaso un desertor. Por otro lado, si el tlacuilo fue aliado de los españoles (tlaxcalteca, por ejemplo), entonces se explicaría hasta cierto punto la relativa simpleza del mapa, porque el tlacuilo estaría dibujando un territorio desconocido y enemigo, aunque de ser así, son notables algunos detalles que se observan dentro de la ciudad y que, difícilmente, podrían haber sido conocidos por los aliados españoles. Tlacuilo mexica o no, el mapa fue manipulado por algún europeo que conocía la ciudad, el uso de caracteres latinos para indicar el nombre de lugares y cosas, así como la cruz que aparece arriba y al costado izquierdo de lo que era el Templo Mayor —*Templum ubi sacrificant*— son indicios que permiten asegurarlo y, si se parte del análisis que hicieron Toussaint et al. (1990), seguramente fue un europeo que conocía la ciudad, por lo tanto, es

muy probable que haya sido español y como las glosas están en latín, la posibilidades se reducen; seguramente, Hernán Cortés, con sus conocimientos de latín, fue quien modificó el mapa indígena (Hinojosa, 2009:101).

En 1525, Pedro Mártir de Anglería escribió acerca de dos mapas que llevaba Juan de Ribera —enviado de Cortés— hecho por indígenas. En uno de ellos, probablemente, estaba representada una porción de la Cuenca de México dado que quedaron dibujados un posible albarradón y quizá la ciudad de Tenochtitlán. Mártir de Anglería describe el plano y —a juzgar por lo que menciona— parecería conocer su orientación. En efecto, parece que estaban representados el albarradón y la ciudad de México porque de los dos mapas que revisó, uno representaba «pintada en manos de sus naturales, con sus dos lagunas, la propia ciudad de Tenustitán» (Pedro Mártir de Anglería en Martínez, 1990: 309). Aunque Pedro Mártir estaba observando el mapa mal orientado porque el albarradón —que tal vez sea el que construyera Nezahualcōyotl en 1449— no estaba hacia el septentrión sino al oriente, es notable la cantidad de detalles que sobre el mapa menciona: grandes montes, valles fertilísimos, piedras y vigas, de forma tal que el europeo fue capaz de leer un mapa de manufactura posiblemente indígena.

Si los mapas que el enviado de Cortés Juan de Ribera —en los que estaban representados el albarradón y la ciudad de México con sus dos lagunas y la propia ciudad de Tenustitán— mostró a Pedro Mártir iban con la Tercera Carta de Relación, es probable que el mapa que se usó en Nüremberg haya sido elaborado por tlacuilos y posiblemente, incluía glosas con caracteres latinos para hacerlo comprensible, tal y como ocurrió



Mapa de Tenochtitlan, impreso en 1524 en Nuremberg, Alemania. Grabado en madera coloreado. A la izquierda, el Golfo de México (el Sur está arriba, parte de Cuba a la izquierda); a la derecha, Tenochtitlan con el oeste arriba. Friedrich Peypus (1485–1534), probably after drawing made by one of Cortez' men. - Immediate image source: Original is at the Newberry Library, Chicago, inventory number Ayer 655.51.C8 1524b (or 1524c or 1524d). Dominio público.

con muchos otros mapas del siglo xvi. Siguiendo el argumento de Hinojosa (2009), esta aserción sustenta la tesis de Barbara Mundy, que expone que en el Mapa de Nüremberg, aunque está reelaborado con métodos sin duda de factura europeos, todavía pueden observarse algunos indicios que permiten vincularlo con tlacuilos (Mundy, 1998; Hinojosa, 2009).

La tentativa que explora la manufactura del mapa por tlacuilos o por españoles resulta en un problema aparentemente sin algún grado de complejidad, pero resulta importante definirlo porque es probable que existan elementos en el Mapa de Nüremberg que permitan correlacionarlo espacial e iconográficamente con el Mapa de Uppsala, por una serie de convenciones cartográficas indígenas que persistieron en el tiempo. En

cierto sentido presentan rasgos y huellas meramente indígenas y también relativos a la fabricación europea-específicamente cierta similitud con la descripción, mapas precisos al centro, pero distorsionados en los alrededores; como el Mapa de Uppsala y el de Nüremberg. Una suma de tradiciones y estilos pueden verse reflejados en el último, el que entre su origen prehispánico, las añadiduras españolas y la recomposición que se hizo en Nüremberg es, la materialización de un entramado cultural.

Reespacializar y redimensionar la traza insular

Como se ha mencionado Tenochtitlán ha sido representada en diversos documentos históricos, como el Plano atribuido a Cortés, publicado en Nüremberg en 1524 y otro fechado en 1555 por la Universidad de Uppsala en Suecia, este último es adjudicado erróneamente al cosmógrafo Alonso de Santa Cruz; en el primero de dichos planos aparece la ciudad de forma circular y en el segundo con un contorno cuadrado.

La forma y las dimensiones de la ciudad al arribo de los españoles, como lo mencionamos han sido estudiadas, entre otros, por Sonia Lombardo y José Luis de Rojas; pero quien ha tratado el problema con mayor precisión es el arquitecto Luis González Aparicio. Según este, Tenochtitlán tenía una forma rectangular, con una longitud de 3.8 y 3.2 kilómetros en las direcciones norte sur y oriente poniente, respectivamente. El área urbana se calcula en aproximadamente 1,000 hectáreas.

Esta geometría aparece en el Códice llamado *Plano en Papel de Maguey*, elaborado entre 1557 y 1562, después de la traza hecha por los españoles, el cual revela una distribución cuadrangular siguiendo los ejes: norte-sur y este-oeste; que corresponde con la retícula efectuada en noviembre de 1521 por Alonso García Bravo.

De acuerdo con Israel Hinojosa (2009) una vía de aproximación al estudio de una ciudad destruida, reconfigurada y reconstruida por una serie de coyunturas sociales a lo largo de siete siglos desde la fundación de Tenochtitlan 1325, es por medio de la reconstrucción cartográfica, porque sería imposible excavar toda el área del Centro Histórico para obtener una imagen inequívoca de la urbe prehispánica. De esta forma, plantea que los mapas como reflejo de una realidad geográfica pasada pueden ayudar a reconstruir una ciudad que sólo ha podido observarse parcialmente. En 1790 con el descubrimiento de los monolitos de la Coatlicue y la Piedra del Sol se logró identificar una pequeña parte de la ciudad prehispánica; de ese entonces de forma interrumpida se han realizado excavaciones importantes que ponen al descubierto más restos y escombros prehispánicos.

En términos generales, los hallazgos de los últimos doscientos años no son suficientes para retrotraer una imagen de la ciudad de Tenochtitlan y, «lamentablemente, gran parte de las reconstrucciones de la ciudad en especial del Recinto Sagrado de Tenochtitlan se siguen basando, fundamentalmente, en las fuentes escritas del siglo XVI» (*ibid*:88).



The Santa Cruz Map (Also known as the Uppsala map) <https://www.loc.gov/item/2021668313> Public Domain. Este mapa topográfico de la ciudad de México y sus alrededores data de alrededor de 1550, más o menos tres décadas después de que Hernán Cortés conquistara la capital azteca de Tenochtitlán en 1521. Esta ciudad se fundó en el siglo xiv en una isla en el lago salado de Texcoco. Al ocupar la ciudad, los españoles derribaron las partes centrales y reemplazaron los templos aztecas por edificios construidos con estilo español, pero dejaron el trazado de las calles prácticamente intacto. El mapa muestra los edificios nuevos. La catedral (Iglesia Mayor) está en el centro del mapa, junto a la plaza que hoy es la Plaza de la Constitución. En la esquina inferior derecha se puede ver parte de una dedicatoria al emperador Carlos V, junto con partes del nombre Santa Cruz; debido a esto, se creyó por mucho tiempo que Alfonso de Santa Cruz (1505–1567), el cosmógrafo real de Sevilla, había sido el cartógrafo. La investigación posterior indica que el pintor fue una persona de Tenochtitlán, o la ciudad de México, probablemente un azteca con educación europea. Se sabe que Santa Cruz nunca visitó México, y la construcción y el contenido del mapa sugieren que su autor estaba muy familiarizado con la ciudad y sus habitantes. Los símbolos en el mapa (cabezas, animales, anillos, estrellas, etcétera) representan topónimos en náhuatl, el idioma de los aztecas. El mapa contiene información acerca de la vida social y laboral y sobre la flora y la fauna; de esta manera, proporciona tanto una descripción geográfica como un rico panorama de la vida cotidiana en la ciudad de México del siglo xvi. El marco es un follaje ornamental pintado en azul sobre fondo rojo. Las carreteras y los canales están marcados en marrón y celeste. No se sabe cómo llegó el mapa a Suecia. Una de las teorías es que el lingüista y viajero sueco Johan Gabriel Sparwenfeld lo compró durante su estancia en España a finales del siglo xvii, y que luego se donó a la Biblioteca de la Universidad de Uppsala.

Los mapas reflejan realidades geográficas en un momento determinado y también pueden dar cuenta de las diversas transformaciones ocurridas en la Ciudad de México, por ello es posible hacer una reconstrucción parcial del espacio en retrospectiva, combinando datos arqueológicos e históricos, con datos cartográficos. A partir de esta tentativa Hinojosa (2009) aborda el tema de la traza española con base en la revisión de algunos

documentos históricos e intenta demostrar que si la traza urbana española se fundamenta en la traza prehispánica de Tenochtitlan, entonces la imagen de la ciudad que se ve reflejada en el Mapa de Uppsala corresponde con la traza urbana prehispánica, a pesar de que la mayoría de los edificios que están representados parecen construcciones españolas; fenómeno que podría mostrarse como un proceso de aculturación.

Con base en mapas enriquecidos con información, es posible observar que el proceso de transformación de la ciudad ha sido progresivo y erróneamente, expone Hinojosa que con la llegada de los españoles la ciudad quedó totalmente destruida y que ellos hicieron otra ciudad, la urbe hispana. Como apunta Georges Kubler en *Arquitectura mexicana del siglo XVI* (1982: 78), «a dos años de ocupación, no existía una traza definida», lo que implica dos conjeturas, primero que la red de calzadas ya existía con anterioridad a la elaboración de la traza; y que Alonso García Bravo no pudo haber elaborado su plan maestro antes de 1524; esto es, el «trazador modificó el existente, pero no lo creó». Este plano preestablecido continúa el argumento, posterior a la reocupación y anterior a la creación de la traza, seguía probablemente las principales arterias y manzanas de la urbe.

Siguiendo la discusión planteada por Hinojosa, en *Plano de la Ciudad de México. Siglos XVI y XVII. Estudio urbanístico y bibliográfico* de Manuel Toussaint, Justino Fernández y Federico Gómez Orozco (1990), concuerdan con que la traza proyectada por Alonso García Bravo respetó el trazado fundamental de México-Tenochtitlan. Justino Fernández expone que es erróneo pensar que cuando los españoles devastaron Tenochtitlan, se borró toda huella indígena. Para este, se muestra claramente «lo mucho que aceptaron el trazo fundamental» y añade que «de los trazos secundarios muchos subsistieron» (Toussaint, 1990: 38), los cuales van desde zanjas y calzadas, hasta elementos como la Plaza Mayor.

Desde la topografía y los fundamentos de la arquitectura, Luis González Aparicio (González y Cué, 2006: 207) plantea que García Bravo seguramente trazó la ciudad hispánica sobre las bases de la prehispánica; tal que hubo una modulación no dictada por García Bravo, sino una modulación dirigida formalmente por la ciudad prehispánica.

Como se menciona en el anterior apartado, se entretienen diversas observaciones y narrativas generales que consideran implícitamente que la Ciudad de México fue trazada con base en un modelo español simultáneamen-

te a enaltecer como modélico el sentido y orden urbano eurocentrado. En otro sentido de acuerdo con Hinojosa consideramos que la Ciudad de México, tiene sustrato material, arquitectónico y formal en la ciudad indígena y, «que sufrió un proceso de aculturación que, al menos en la primera mitad del siglo XVI, hizo posible la fusión de dos formas de concebir el espacio en diferentes niveles y que pueden percibirse en el mapa de Uppsala»; la traza y la infraestructura de la ciudad es materialmente indígena, y que el diseño arquitectónico en el centro de la ciudad, es de raigambre española.

Si se leen con detenimiento algunos escritos sobre la destrucción de la Ciudad de México y sobre lo que pasó después de ocupada la ciudad, es posible inferir que cuando se habla de que la ciudad fue destruida, los españoles se refieren más a las edificaciones o espacios habitacionales que a la ciudad en sí, o sea, a la organización social del espacio; de haber destruido por completo la ciudad, no existirían vestigios prehispánicos. Según Cortés (Hinojosa, 2009:88-89), la ciudad estaba toda destruida, no obstante, «si opta por poblarla nuevamente, es justamente por el gran asiento que tenía».

Aproximadamente después de cinco meses de comenzadas los trabajos reconstructivos, Cortés comunica a Carlos V que Tenochtitlan se va reparando. Según las palabras que el Hernán Cortés le dirige a Carlos V, no se pueden encontrar indicios claros para suponer que la base urbana de Tenochtitlan fue destruida, sino que se está reutilizando o reparando, pues todavía en 1555 se pedía la opinión de los señores indígenas para resolver el problema del agua en la ciudad, de acuerdo con *Ciudad en peligro: probanza sobre el desagüe general de la ciudad de México* de Pérez Rocha, (1996).

De esta manera se interroga sobre que Alonso García Bravo haya realizado una traza nueva, pero significativamente se cuestiona que haya rediseñado la configuración urbana de la ciudad; entonces se insiste en que la construcción de la ciudad novohispana fue un proceso aculturativo y paulatino, un proceso de transformación.

En necesario reparar en que se enuncia y nos distanciamos de otra perspectiva sobre la reconfiguración de la capital mexicana que tiene que ver con un argumento relativo a un ensamblaje significativamente hispano: Luis Gerardo Huitrón Flores argumenta que la zona devastada tras la caída de Tenochtitlan (el 13 de agosto de 1521, más de 170 hectáreas equivalentes a una cuarta parte de la otrora capital mexicana), «experimentó en los tres años subsecuentes, una transformación para resignificarse bajo el contexto de espacialidad, vivienda y uso español»; se busca mostrar que a diferencia de lo que plantea la mayor parte de la historiografía (y particularmente la tesis de Hinojosa), la incipiente ciudad no se diseñó a partir de las calles que demarcaron las manzanas, sino que primero su trazador, Alonso García Bravo, estableció un módulo, esto es, una unidad de medida como referencia para la proyección constructiva y arquitectónica, «la cual se repitió en lo posible hacia los cuatro puntos cardinales» (INAH, 2019).

A partir de dicho módulo se formaron bloques que se fragmentaron de manera diferente supuestamente por la presencia de los edificios prehispánicos, a las calles ya determinadas y al curso de los canales que cada uno contenía, resultando en una traza con orden hispano que cohabitó con elementos sobrevivientes de la pretérita ciudad mexicana, entre ellos, el Templo Mayor, en demolición todavía hasta 1541. De acuerdo con Huitrón, esta estrategia delinea la manera en que García Bravo, a pesar de la problemática del trazo irregular del terreno y la presencia de calzadas, acequias y edificios sin demoler, consiguió una traza reticulada precisa, en forma de ajedrez, para la «naciente» capital del virreinato novohispano.

En términos operativos este argumento se sustenta en que, si bien las tropas de Hernán Cortés habitaron Coyoacán durante el periodo de limpieza y saneamiento de Tenochtitlan, de 1521 a 1523; regresaron a un emplazamiento que conocían bien; supuestamente porque identificaban los espacios sagrados, los políticos y públicos de Tenochtitlan. En este sentido la perspectiva en torno a la nueva traza se definió de la idea de

la reutilización de las áreas adaptables y el reciclaje de material constructivo tanto de los escombros como de los edificios inalterados.

De manera concreta se argumenta que existieron tres elementos que definieron el nuevo orden del asentamiento español, que casi no cambiaron: las calzadas, las acequias y el Templo Mayor: las primeras representaban no sólo la conexión con tierra firme, «sino una estructura inamovible para el desarrollo interno de la urbe», lo mismo que las acequias. Así, «la segmentación de los solares, las calles y la construcción de las casas, fueron afectadas por el sinuoso transitar de los canales dentro de la misma» (*ibid*). La demolición del Templo Mayor representó un problema dentro del esquema de la «nueva traza», por lo que un primer momento hubo de adecuarse a la presencia de ese basamento. El Gran Teocalli fue el factor por el cual, el nuevo centro español se desplazó hacia el área del mercado, esto es, hacia la zona inmediata con menor desocupación, y el antiguo núcleo prehispánico quedó descentrado.

En este orden argumentativo, la demolición de los templos menores del centro ceremonial, abrió una enorme área despejada con forma rectangular, lugar en que actualmente se encuentra la Catedral Metropolitana. Este vasto espacio rectangular estaba limitado al norte por la calle de las Escalerillas, al sur por la Acequia Real, al este por el Palacio de Moctezuma y al oeste por el Palacio de Axayácatl, de acuerdo con Huitrón, constituyendo la primera plaza de la Ciudad de México, en la actualidad inexistente; a partir de dicho espacio se incidió en las manzanas que se desplantaron en sentido este-oeste. En este sentido Huitrón deduce que García Bravo reprodujo el tamaño de la ciudad, a manera de módulo, para definir las cuadras que la primera traza exhibiría: un área nuclear que articuló la ciudad en su primera etapa; medida general con base en la que desarrolló los bloques a partir de los que se subdividieron las manzanas «con la finalidad de que los hogares tuvieran una uniformidad territorial por bloque y que las calles de la ciudad mantuvieran rectitud».

De nueva cuenta, como se presentará en las perspectivas narrativas y reconstructivas, la noción de que «el trazado primigenio de la ciudad novohispana corresponde a un trazo con influencia clásica del que derivó el urbanismo militar del siglo xvi y xvii» como resultado de la aplicación de las ideas urbanas europeas de Cortés, en un asentamiento prehispánico establecido. Y, que la destrucción de Tenochtitlan marcó una fase de transformación urbanística, y aunque el primer momento urbano ha sido referido como caótico y desordenado, Huitrón sugiere que ese momento como un contexto de instauración del nuevo orden, que de confusión: los primeros edificios en constituirse fueron las Casas Viejas y las Casas Nuevas de Cortés y, con ello, el espacio de la gran plaza resultante y continente del ensamblaje arquitectónico y urbanístico del periodo *cortesiano* diluido casi en su totalidad en el devenir del tiempo, tanto por la sucesión de otras etapas constructivas y la reorganización de la administración posterior a Cortés, como por el subsuelo lacustre y las inundaciones durante el siglo xvi, que hundieron o destruyeron las estructuras primigenias, de raigambre española.

De regreso a la perspectiva de Hinojosa (2009) en el periodo de postocupación y destrucción, la ciudad se está limpiando, reparando y adaptando a las necesidades de los españoles y según el testimonio de Bernal Díaz del Castillo (1980: 373-374), la construcción de la ciudad novohispana consistió en reconstruir la ciudad prehispánica, salvo por los edificios destruidos durante la guerra, ya que se construyeron nuevos y supuestamente mejores.

De acuerdo a *Documentos cartesianos* de José Luis Martínez, (1990), en el *Interrogatorio General presentado por Hernando Cortés para el examen de los testigos de su descargo*, Francisco de Terrazas expuso que se tuvo que hacer una nueva traza porque la de los indios era contraria a la que estaban acostumbrados en Castilla; pero no es posible saber si se refiere a las calles de agua, a las calzadas o a las entradas desde las calles hasta las casas. Los supuestos de Francisco de Terrazas contrastan con las declaraciones de Martín Vázquez oriundo de Se-

govia en cuyo testimonio sobre las razones para poblar en la ciudad de México, expuso que era importante establecerse en Tenochtitlan porque los canales de agua facilitaban el transporte de víveres y madera; y, que fue necesario hacer nueva traza debido a la diferencia entre el modo de poblar de los naturales y el modo que los españoles tienen sus villas y ciudades, por ello necesario hacer traza nueva.

Otra razón que recoge el arqueólogo Hinojosa es la de Luis Marín (Martínez, 1991b): indica que se hizo nueva traza porque la que tenían los indios en dicha ciudad no era conveniente a «la nuestra, porque ellos viven de un modo y nosotros de otro» (Luis Marín en Martínez, 1990b:327). A este respecto, el análisis de Hinojosa sobre los testimonios de Díaz del Castillo, Terrazas, Vázquez, Marín y Hernán Cortés, considera que la traza de Tenochtitlan fue respetada, pero los edificios tuvieron que destruirse y, posiblemente sobre estos se plantaron nuevas construcciones, «porque no correspondían con la forma de vivir de los españoles».

En esta dirección se retoman dos argumentos, el de Georges Kubler quien plantea que el urbanismo indígena era rico en la variedad de sus trazas y, que los conquistadores realzaban el esplendor de sus hazañas por medio de comparaciones con las grandes ciudades de España, pero los edificios indígenas con su estructura de terrazas y materiales permeables no eran útiles a los colonos europeos (Kubler, 1944); y por otra parte el de Carlos Chanfón Olmos quien expone estas diferencias: tras la visión indígena del espacio urbano, está su concepto de espacio vital, su conciencia del entorno geográfico y su modo de vida a cielo abierto apoyado en condiciones climáticas.

Para el indígena el espacio cerrado y cubierto era solamente para dormir, y domésticamente quizá también para honrar a sus deidades; todas sus demás actividades en la vida diaria eran a cielo abierto. Por este camino logró a través del tiempo desarrollar una gran capacidad de percepción del entorno que le llevó a la planeación minuciosa de los espacios urbanos, con ordenamientos a la escala apropiada, con visión panorámica, en espacio abierto.

Por otra parte, argumenta que, es explicable que quienes han desarrollado un modo de vida cubierto y en espacios cerrados, en casa habitación y en ciudad amurallada sientan «miedo al espacio abierto (agorafobia), y que los antiguos pobladores, a sean afectados por espacio cubierto y encerrado entre muros en los nuevos edificios de tipo europeo (claustrofobia)» (Chanfón, 1990: 14). Esto es, dos modos encontrados de concebir el espacio que cambiaron y afectaron ulteriormente la construcción espacial.

De esta manera Hinojosa (2009) centra su argumento en torno a dos líneas: primero que, Miguel León Portilla y Carmen Aguilera (1986) llaman al Mapa de Uppsala como Mapa de México-Tenochtitlan, en tanto la ciudad hispana fue una adaptación de la ciudad prehispánica, y con base en la fecha de elaboración del mapa propuesta por Calnek (2003) entre 1537 y 1541, no sólo permite considerar la reconstrucción urbana por los españoles a escasas dos décadas de consumada la guerra de conquista, sino también puede observarse en el mapa la constitución urbana de Tenochtitlan. En el proceso de aculturación que comenzó a experimentar la ciudad a partir de 1519 año en que Cortés y uno o varios ejércitos entraron a Tenochtitlan «se comenzaron a crear las condiciones para reconfigurar la organización social del espacio y, por tanto, no se puede hablar tajantemente de una ciudad antes y después de la guerra de conquista, pues esta reconfiguración fue paulatina» (*ibid*: 91).

Subrayando lo expuesto anteriormente, cuando los españoles hablan de que la ciudad fue destruida se refieren más a los edificios que a la configuración urbana; de acuerdo con Israel Hinojosa, si bien las representaciones visuales, narrativas y demás apuntan a una forma de invención de un híbrido urbano modélico o arquetípico, estas intenciones (incluso la destrucción y reconstrucción de plantas y cimientos estructurales) no pueden rebasar o trascender las dimensiones de organización social, espacial y material que una urbe puede tener, en un lapso de tres, cuatro o cinco décadas.

Un ejemplo técnico y material sobre la adecuación que de la configuración constructiva antigua hicieron los españoles, lo refiere Joel Jiménez y Alicia Bracamontes

(2016) quienes basados en Téllez (1907:1) exponen tres sistemas de cimentación utilizados en la época colonial: la reutilización del material pétreo de las estructuras prehispánicas y continuación con el uso de los pilotes, emparrillados y mampostería; los terraplenes, estacas con rollizos o morillos, muros de mampostería, apoyos continuos en los muros de carga, con el objeto de resolver los hundimientos y nivelar el terreno, etcétera. Esto es, una forma de reconocimiento y reutilización de tecnologías constructivas, hidráulicas e ingenieriles.

Como lo sugiere esta perspectiva, con la que entrecruzamos argumentos, es más que complejo conjeturar que la Ciudad de México haya sido destruida con el terremoto de 1985. Parte de lo que hoy es la Ciudad Central «se vino abajo», no obstante, cuando miles de personas murieron, muchos edificios quedaron en escombros y, «según testimonios de algunos testigos, la ciudad se veía asolada y triste, tanto, que a veces no se reconocía, la Ciudad de México desde el punto de vista urbano sigue en pie» (Hinojosa, 2009:92).

Una catástrofe ya sea natural, social o política de magnitudes relativas a un sismo como los últimos tres ocurridos en el siglo xx, en términos temporales con consecuencias en una mediana duración difícilmente producen transformaciones tales como una desconfiguración o desplazamiento del suelo o suelos de ocupación. La noción del exterminio del Anáhuac tiene que ver con un tiempo de larga duración en el que el centro o corazón de la urbe no determina todo el proceso de transformación.

De acuerdo con Hinojosa (2009) el mapa de Nüremberg como el Uppsala muestran una continuidad de elementos urbanos que indican una permanencia del urbanismo prehispánico, con base en lo que se sugiere un proceso de reconstrucción y construcción de la Ciudad de México, más que de la destrucción de Tenochtitlan, el asiento de la ciudad mexicana se corresponde con el de la ciudad hispana según la evidencia histórica y cartográfica (Mapa de Uppsala), resultante en «una reorganización social del espacio a partir de un proceso de aculturación» (*ibid*:169), evidenciado en la cartografía indígena del siglo xvi.

Se considera que dicha continuidad en la estructura urbana y espacial en los primeros años de ocupación española, responde a que se conservó la estructura básica del altepetl, como se ha mencionado, unidad o forma en que algunos pueblos mesoamericanos organizaron socialmente su espacio, incluida Tenochtitlan conservando, modificando y transformando el espacio según las condiciones para consolidar un régimen central,

Después de todo, la ciudad estaba «iyoloco in altepetl, «en el corazón del altepetl» que era la in altepeyotl Mexico, «la parte construida de México Tenochtitlan (con casas y calles)»» (Lockhart, 1999: 35). Por otro lado, si en un altepetl nahua ningún agrupamiento urbano constituye una jurisdicción autónoma (Lockhart, 1999; Hirth, 2003 y Gutiérrez, 2003), entonces es probable que cuando se realizaba un mapa, se representaba tanto el corazón del altepetl como las localidades que lo componían. Así, sería probable reconocer un altepetl cartográficamente a través del marco que rodea los mapas y que se ve distorsionado con relación al centro. El marco, entonces, es una forma de contextualizar la parte central del mapa, como si los dibujantes quisieran mostrar la ubicación de la ciudad, pero en relación con otras localidades (Hinojosa, 2009:170).

Esto implica que la parte correspondiente al centro de Tenochtitlan, presente mayor precisión que los alrededores y que Tlatelolco, porque lo representado es el corazón del altepetl, pero también el lugar central de los españoles para su asentamiento o poblamiento y, entonces todos los alrededores sólo evidencian de forma esquemática, la situación de la isla urbanizada. De esta manera se reconoce una estructuración con una temporalidad de larga duración pertinente a una manera de centralidad política, cosmogónica, simbólica y también material a contrapunto al menos en las representaciones, de la forma periférica que necesariamente ubica la realidad insular también en torno a su propia

diferenciación cualitativa y por otra parte a rasgos simbólicos posiblemente de lugares significativos también a su localización como los albarradones, Culhuacán o Xochimilco, posiblemente.

A partir de lo anteriormente expuesto acertamos en que en la actualidad se presentan aproximaciones, gráficas, cartográficas, representaciones visuales y esquemas que sugieren y proponen tentativas de cómo pudo situarse física y geográficamente el islote que albergó la urbe desde hace por lo menos seis siglos; por ejemplo, podemos observar los dibujos y representaciones realizadas por Tomás J. Filsinger en las cuales observamos una localización, desarrollo histórico, así como retemporalización en el presente de la capital tenochca, mexica o azteca.

El trabajo de Tomás Filsinger que ha sido publicado a partir de 2005 es un referente para poder comprender visualmente el proceso de construcción, destrucción y reconstrucción de la Ciudad de México. Esta serie de mapas en la que observamos el trazo de la isla de Tenochtitlan, el crecimiento de sus alrededores y las vías de comunicación desde el año 1330 hasta nuestros días, en el contexto de la cuenca, también nos muestran un largo proceso de transformación que implica por una parte su vida entrelazada al contexto lacustre, esto es su condición también de crecimiento frente al agua y por otra parte la creciente densificación poblacional con implicación en las modificaciones, adecuaciones y soluciones técnicas relativas al suelo o suelos frente a las corrientes.

De esta manera comprender, redimensionar y retemporalizar la urbe y su entorno implica preguntar sobre la permanencia, evanescencia, continuidad y movilidad de los linderos y particularmente a qué tiempo se corresponden, a la llegada, asedio, ocupación y colonización hispana sobre la isla, en correspondencia con la misma vida y cambio del corazón urbano.

Las ilustraciones que Filsinger ha montado y diseñado son un ejercicio interpretativo para imaginar diferentes aspectos materiales, físicos y geográficos y, principalmente como una tentativa para comprender un proceso de transformación en el tiempo del territorio insular, esto es sin ser pretencioso el proceso de formación del contexto insular a través de al menos cuatro siglos.

En primera instancia, comprenden las dimensiones constructivas y de adaptación territorial con respecto a los lagos, a la cuenca y a las condiciones topográficas y orográficas de la región. Entre otros elementos que pone en consideración para el lector subrayamos algunos: da cuenta visualmente de una traza a partir de un centro imaginado que conforme han sucedido al menos veinte años de hallazgos arqueológicos presenta más elementos materiales y evidenciales, que a su vez corroboran una estructuración urbana de larga duración en torno a la que hay adecuaciones más no invenciones absolutamente aisladas; las formas rectilíneas que relativamente se corresponden con el trazo y delineado urbano solamente se observan al sur y oriente; en contrapunto, las formas curvilíneas y asimétricas de la mayor parte de la periferia insular que no se corresponde o atiende una estructuración basada en las calles o vías ulteriores al periodo de ocupación y colonial, marcan significativamente los bordes y forma general insular; las calzadas responden y se corresponden de acuerdo a las condiciones y características topográficas y no necesariamente a una superficie (y lechos lacustres) simple y esquemática, esto es obras y técnicas casuísticas que no se pueden resumir o simplificar a trazo y urbanización como sinónimo de parcelación y lotificación; representan gráficamente el manejo, adecuación e intervención del terreno y significativamente el tratamiento hídrico, hidrológico y sobre los lechos, cavidades y topografía de los suelos lacustres.

Particularmente, las alusiones visuales a la presencia que Eloy Jiménez Martínez (2019) señala respecto a

que, en 1519, alrededor de la isla principal existían varios enclaves dentro del lago, como los islotes de Atztacalco, Toltenco, Mixihucan, Itztacalco, Acachinanco, y otros, de los que no se tiene constancia de si eran altepemame — plural de altepemaitl—, es decir, aposentos del altepetl, o territorios regidos por un señor o teuctlahtoani.

Sin que necesariamente presenten una geolocalización de carácter, cartográfico, topográfico o arqueológico en su rigurosa totalidad si nos presentan elementos argumentativos sobre el cambio, asimetría y singularidad de las formas periféricas e interiores de una geometría compleja que no se ciñe a una estructuración y modelación necesariamente occidental o eurocentrada. Lo que implica una perspectiva descentrada de un paradigma completamente renacentista, modélico y matérico en un sentido clásico o con expectativas ilustracionistas. Esto es, un modelo o representación inherente también a rasgos, sesgos y huellas que han permanecido en un tiempo de larga duración a los que se sumaron adecuaciones durante los últimos tres siglos.

El trazo del perímetro de México Tenochtitlán

Situarnos y localizarnos nuevamente en torno a los linderos, bordes y huellas insulares, posteriormente a los problemas, encrucijadas y procesos relativos a la constitución urbana mexicana implica posicionarnos en torno a una condición interpretativa, pero con algunas huellas arqueológicas al momento. Sabemos que la isla de Tenochtitlán se expandía sobre nueve y medio kilómetros cuadrados de canales y chinampas. Aproximadamente, explica el arqueólogo Salvador Pulido, «por el norte terminaba en Manuel González, por el poniente, en la calle Abraham González, por el oriente, en el eje 1 oriente, Vidal Alcocer y por el sur, en la calle de Chimalpopoca». La Avenida Chapultepec, límite entre la colonia Roma y la Juárez, era el borde entre Tenochtitlán y el lago que se extendía hasta el sur-poniente. Los límites de la vieja Tenochtitlán al sur están en la actual calle Yunque, una paralela al Eje 2 Sur, Avenida del Taller (El País, 2017).

Con lo observado y argumentado hasta ahora es evidente la limitada fiabilidad de las medidas, así como una precisa situación físico-geográfica aportada inicialmente por el Conquistador Anónimo para tratar de hallar la probable superficie de la ciudad en 1519. Además, posiblemente lo señalado por Federico Gómez de Orozco (1953) sobre que «[...] el que escribió la Relación no conoce de vista lo que describe.», con razón en no haber estado en la Nueva España, implica la búsqueda por medio de varias vías alternativas y más precisas para conocer las dimensiones de la urbe.

A diferencia de XVI y XVII, en la actualidad precisamos de huellas que nos acercan a localizaciones relativamente puntuales no obstante fragmentadas, por ejemplo como lo registran Jiménez y Bracamontes (2016), en la esquina de Niño Perdido (Eje Central) y Arcos de Belem se reportan canales, una chinampa, un estacado y material cerámico de la época prehispánica, en el estacionamiento frente a Bellas Artes se manifiestan hallazgos de, construcciones en desniveles, talud para romper el oleaje o embarcadero chinampas, canales y cerámica prehispánica a la profundidad de 3 a 6 m; en la calle de Luis Moya # 101 Centro histórico se halla un sistema de canales tallados en la roca de bentonita, los cuales cuatro tenían direcciones de oriente a poniente, cruzando con otros dos de norte a sur, los cuales se ensanchan hacia el lado norte mostrándose más angostos hacia el sur.

O entre otros, las exploraciones realizadas en lo que fue planta de la refresquera Cooperativa Pascual, en la colonia Tránsito, un espacio que en la época prehispánica se llamó Ateponazco, un lugar fangoso rodeado de agua que fue transformado para construir parcelas donde cultivar su alimento y construir sus viviendas; y, arqueológicamente confirmar lo que refería el arqueólogo Alfonso Caso en su estudio *Los barrios antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco*, respecto a que el límite suroeste de la urbe tenochca se hallaba hacia lo que hoy es la calzada Chabacano (Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, 2016).

Como lo hemos referido, son bastos los estudiosos y autores que, anteriormente han proporcionado datos, medidas y cantidades relativas sobre el tamaño de la ciudad. Desde el siglo XVIII a la actualidad han tratado sobre aspectos cuantitativos de la superficie de México-Tenochtitlán. Francisco Javier Clavijero (1945), escribe a este respecto en el último cuarto del siglo XVIII, quien se basa en el Conquistador Anónimo quien describe la ciudad y afirma: «El ámbito de la Ciudad, sin incluir los suburbios, era de más de nueve millas, y el número de las casas al menos de sesenta mil...». Convertido este perímetro a kilómetros, y teniendo en cuenta que la milla romana, usada entonces para medir superficies, es equivalente a 1.480 m., corresponde a un área de 10.60 km para la urbe, próxima a la del Conquistador (suponiendo sus dos leguas y media de contorno).

En el siglo XIX, Orozco y Berra retoma las cifras del Conquistador y por su parte Bancroft, en su «History of México» (1886), apunta que la ciudad fue ampliada y reconstruida por sucesivos gobernantes y al ser vista la primera vez por los españoles había alcanzado su máxima extensión, además de detener alrededor de doce millas de circunferencia. Lo cual corresponde a una superficie de 29,68 km, área que se descarta por sus dimensiones desbordadas. Como lo mencionamos, a partir del siglo XX, entre otros, Soustelle, Calnek, Lombardo, J. L. de Rojas y William T. Sanders realizan abordajes y estudios a este respecto.

Específicamente la contribución realizada al estudio de la configuración de Tenochtitlán y Tlatelolco por *Los barrios antiguos de Tenochtitlán y Tlatelolco* (1956) de Alfonso Caso es obra fundamental para dilucidar sobre los posibles límites insulares entre otras aproximaciones.

Alfonso Caso, se basa en un plano realizado por el reverendo José Antonio Alzate y Ramírez realizado en 1789, que combinaba con otro del arquitecto Ildefonso Iniesta Bejarano de 1778, para establecer los límites, señalados en las calles de la Ciudad de México en 1956, de los barrios que conformaban las antiguas Tenochtitlán y Tlatelolco. El plano del padre Alzate fue realizado más de dos siglos y medio posteriores al arribo de los españoles, por lo que es posible que los límites de los barrios periféricos definidos por Caso fueran mayores que los de 1519, e incluso que surgieran algunos nuevos. Esto también se observa posteriormente con los casos de Nonoalco y Mixihucan.

Con la obra *En torno a la superficie de México-Tenochtitlán en 1519*, del padre Alzate (1789) sugiere una idea de la población antigua de la ciudad de México, a partir de la combinación de varios planos, rescatando o mejor dicho entrelazando los nombres «antiguos con los modernos», para que en los tiempos venideros se sepan los Barrios y sus situaciones, respecto a que, de acuerdo con su perspectiva, se van exterminando con prontitud las denominaciones mexicanas, dicha combinación servirá como referencia para el desenvolvimiento de parte de la historia. Relativa a diversas localizaciones.

Si bien Alfonso Caso no brinda en su estudio cifras sobre la superficie de México-Tenochtitlán (Tenochtitlán más Tlatelolco), superponiendo los límites de los barrios periféricos señalados en el mismo, sobre el actual mapa-callejero de Ciudad de México se obtiene el área aproximada de la antigua población, unos 13,594 km². Y, retomando a los estudiosos del siglo xx, Jacques Soustelle (1961) se limita a afirmar que la ciudad presentaba en conjunto la forma de un cuadrado de aproximadamente tres kilómetros de lado, y abarcaba una superficie de mil hectáreas. (Equivalentes a diez km). Así mismo, Calnek, en 1974 expone que en tiempos del asedio español el área urbana en su totalidad ocupó entre 10 y 15 km.

Posteriormente en *The internal structure of Tenochtitlan* (1976), sostiene: «Hacia 1519 el área urbana de habitación continua puede ser más o menos estimada entre 12 y 15 Kilómetros cuadrados». Y en *Tenochtitlán-Tlatelolco: The natural History of a city* afirma que, calculada aproximadamente, Tenochtitlán pudo ocupar un área de al menos diez kilómetros cuadrados, y Tlatelolco, sin incluir a Nonoalco, por lo menos tres. Calnek, excluye de sus cifras a Nonoalco, de la que indica que no existen antecedentes históricos sobre sus barrios. Por su parte Sonia Lombardo (1973) estima una superficie aproximada de 10 km², incluyendo el islote de Nonoalco; aunque más tarde propone otra de 15,33 km, proyectando los límites de los barrios señalados por la autora a las calles de la actual ciudad.

Con base en estas yuxtaposiciones realizadas, los trabajos cartográficos de Filsinger, los argumentos arqueológicos y cartográficos de Hinojosa (2009) y Jiménez

Martínez (2019), los trabajos de prospección realizados por Huerta Parra (2007) y Olivares Larraguivel se presenta una propuesta de georreferenciación de la superficie de México-Tenochtitlán alrededor de 1519.

A partir de las distintas intersecciones propuestas podríamos delimitar de forma general el siguiente perímetro (en dirección de las manecillas del reloj empezando por el norte) que corresponde con las calles y avenidas actuales, no obstante, como lo argumentamos en el apartado sobre el trazo, arqueológica y cartográficamente se pueden realizar diferentes apreciaciones e inferencias que no pueden corresponder (a modo u obli-gadamente) con una geografía física que en la temporalidad relativa a la urbe tenochca, mexicana o azteca tuvo otra visualidad, cartografía, percepción y representación, las cuales, como lo argumentamos, en su mayoría fueron registradas en un contexto de la ocupación española y en correspondencia con miradas, perspectivas y arquetipos renacentistas respecto a la traza urbana.

Sendero urbano, sobre escombros insulares y sus bordes con el lago

Basados específicamente en las aproximaciones realizadas por Eloy Jiménez Martínez (2019) Tomás J. Filsinger y Antonio González Cuesta en *Atlas y Vistas de la Cuenca, Valle, Ciudad y Centro de México a través de los siglos S. XIV al XXI* y el mapa preliminar de НЈРД (Creative Commons Attribution-Share Alike 3.0 Unported license) hecho a partir de Reconstrucción de Alfonso Caso (Los barrios antiguos de Tenochtitlán y Tlatelolco, Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, 15, 1956) basada en el mapa de José de Alzate, 1789; los bocetos y recorridos realizados por el arquitecto Jorge Olivares así como las notas y recorridos periodísticos mencionados, indicamos de manera general lo que podrían ser dos senderos sobre las huellas y bordes de la antigua Tenochtitlan.

Primero, Jiménez Martínez (2019) establece los límites lacustres de la isla en 1519 basado en las primeras fuentes documentales como los descubrimientos arqueológicos contemporáneos de la siguiente forma:

Teopan. Comenzando con esta parcialidad, su límite sur estaba cercano a la localización del recinto de Tocititlan y del templo de la diosa Toci, a la entrada a la ciudad por la calzada de Itztapallapan. Según Alvarado Tezozomoc (2001) Xocochnopalyacac fue uno de los lugares donde se produjo la confrontación mexico-tepaneca en 1428; y Domingo Chimalpahin (2006) indica que tal cen-

tro se localizaba en las proximidades de una acequia que corría desde San Antonio Abad Oztocaltitlan, en Xoloco, hacia el barrio de Amanalco, en la parcialidad de Moyotlan. Y en el mapa de Upsala, poco más al sur de la ermita de San Antonio Abad, se halla una cruz que coincidiría con la señalada por Fray Diego Durán.

Como lo mencionamos, en el año 2016 la Dirección de medios de comunicación del ИНАН registra el hallazgo de restos de chinampas asociados a cerámica prehispánica en el predio denominado «Lorenzo Boturini», en lo que fue el barrio de Ateponazco, en la actual Colonia Transito. A partir de lo que se sitúa el límite sur de Teopan la altura de la calle Lorenzo Boturini. De ahí continuaría por esta vía hasta su entronque con Congreso de la Unión.

Al sur de la calle de Lorenzo Boturini se halla la zona pantanosa de Zoquipan y el islote de Toltenco Según Rovira Morgado (2017), no eran barrios de la ciudad sino estancias o pueblos sujetos a la capital; entonces, desde el anterior cruce del Congreso de la Unión y subiendo hasta la intersección con Miguel Negrete se llega a donde se encontraba el embarcadero prehispánico de Tetamazolco, en el que Cortés mandó construir las Atarazanas, lugar cercano a donde después se edificó el Hospital y Templo de San Lázaro.



Calpulli (barrios) de Tenochtitlan sobre la red vial moderna (OpenStreetMap) Autor HJPD, CC BY-SA 3.0 —La zona gris del centro es la «traza» colonial, es decir, la zona habitada por los españoles—.

Atztacoalco. A partir del embarcadero de Tetamazolco comenzaría el límite oriental de la parcialidad de Atztacoalco, que comienza en ese lugar, y desde la intersección de Alarcón con Av. F.C. Cintura sube por esta última hasta la confluencia con Av. del Trabajo. De ahí llegaría hasta el empalme del Eje 1 Norte con Héroe de Granaditas, por donde corría de este a oeste el canal de Tezontlalli, que separaba Tenochtitlan de Tlatelolco.

Tlatelolco. El límite oriental de la parcialidad de Tlatelolco, a partir del encuentro entre Avenida del Trabajo y Héroes de Granaditas sube, pasando por Rivero, hasta el cruce con Peñón y, continua desde ahí hasta la unión

del Eje 1 Norte con F. C. Hidalgo. En las cercanías de esta línea se han hallado áreas habitacionales, entierros y cerámica y lítica.

Desde la unión anterior, el límite hacia el norte concurre hasta la mitad de la Cerrada Acero y a continuación lleva hasta la Calzada de Ronda; continuando forma un arco con el Eje Central Lázaro Cárdenas y la intersección de la calle de Lerdo con la de Manuel González. El margen oeste de la parcialidad, de conformidad con los hallazgos arqueológicos registrados estaría marcado por una línea que baja por la calle Lerdo hasta su cruce con Mosqueta.

Cuepopan. El límite poniente de la parcialidad de Cuepopan transcurre por una línea que bajaba desde la confluencia de las calles Lerdo y Mosqueta hasta el cruce del Paseo de la Reforma y la calle Violeta; de allí se desvía en diagonal hasta el cruce de la Avda. Hidalgo con Dr. Mora, donde termina la Alameda Central. Según María Jesús Sánchez Vázquez (2007).

Moyotlan. Esta parcialidad comenzaba en el poniente aproximadamente en el cruce de la Avenida Hidalgo con el extremo poniente de la Alameda Central, espacio constituido por un antiguo islote unido a Tenochtitlan. De ahí dobla al cruce de Balderas con Cristóbal Colón, llegando por la izquierda hasta el Paseo de la Reforma, en cuyas inmediaciones han sido hallados estratos lacustres. Continúa por Iturbide hasta Avda. Morelos y baja por Enrico Martínez y llega hasta Tolsá; de esta arteria, pasando por Arcos de Belén y atravesando Dr. Río de la Loza llega a la intersección de Dr. Lavista con Dr. Andrade, desde donde continúa y bordea las aguas hasta la Calzada de San Antonio Abad en su cruce con Avda. Chimalpopoca. En esta franja se han hallado restos de chinampas, lo que documentaría que se trataba de una zona agrícola. Una vez establecidos estos límites y superpuestos en un mapa digital del INEGI, se delinea la probable forma geométrica de la isla, que alcanza una superficie aproximada de 9,448 km² con máximo de los 10 km².

Como alternativa de sendero, parte del primer cuadrante: San Andrés Moyoatlán, la actual colonia Juárez, también espacio de alguna arquitectura de principios

del siglo pasado. Como palimpsesto arquitectónico, los cuatro cuadrantes de México Tenochtitlán, resguarda cientos de «palacios», inmuebles y arquitecturas de los siglos XVI, XVII, XVIII, y por supuesto, las más cercanas de los siglos XIX, XX y XXI. Coexisten y se sobre posicionan con el paso de la historia los barrios, comunidades y familias distintas, antiguas y recién migrantes del llamado interior y también de otras partes de la ciudad, que principalmente desde 1985 han despedido a cientos de familias que en estos años vuelven a acercarse. De acuerdo a la cartografía de Tomás Filsinger, quien ha realizado representaciones cartográficas sobre la forma del islote, la ruta a seguir ulterior a Bucareli son algunas calles del centro (Artículo 123, e Iturbide) con dirección a Paseo de la Reforma para tomar la calzada (prehispánica) México-Tacuba, conocida en la historiografía, como la ruta de huida de Cortés en la llamada Noche-Triste.

La calzada de Tacuba, se ubica en lo que fue el segundo cuadrante de Santa María Cuecopán, justo enfrente de la iglesia de San Hipólito, lugar limítrofe y acceso a la actual colonia Guerrero, rumbo norte con dirección al tercer cuadrante prehispánico, a Nonoalco Tlatelolco, para lo cual se bordea el Tianguis Cultural del Chopo, zona arquitectónicamente transformada y en la cual se confrontan espacios derruidos y precarizados con nuevas construcciones públicas y privadas así como renovado mobiliario urbano; zona que podemos reconocer por Biblioteca Vasconcelos, diseño del arquitecto Alberto Kalach y el centro comercial que ocupó el inicio o llegada de las líneas ferroviarias de la estación Buenavista.

En el límite norte de la antigua Tenochtitlán se topaba con aguas del lago de Texcoco, actualmente espacio relativamente reducido en el que coexiste el comercio, el intercambio formal e informal con una vasta historia relativa a las actividades económicas, oficios y manufactura, en la cual historias como la de Tlatelolco que se reconoce a la par de la vieja Tenochtitlán como asentamiento allegado; es la entrada a la colonia San Simón. Toda la calle San Simón nos conduce a Peralvillo (Ex Hipódromo de Peralvillo), colonia reconocida también por los servicios, manufactura y comercio informal, pero también por los trabajadores, oficios y diferentes formas de intercambio y de actividades comerciales con más de cien años de memoria.

En esta dirección, el Eje 1 Norte con dirección al oriente flanquea las afueras del legendario Tepito, también con historia de larga duración, prehispánica. Con rumbo para Avenida del Trabajo se continua por esta para dar vuelta en Congreso de la Unión y desplazarse completamente hasta adentrarnos en el cuarto y último cuadrante prehispánico que es el de San Pablo Teopán, en el cual están el barrio de la Candelaria de los Patos y el de La Merced, lugar por donde se reconoce que accedieron los conquistadores españoles, y en donde se edificó la primera construcción española realizada en Tenochtitlán de nombre «Atarazanas». Igualmente que en distintos barrios o colonias contemporáneas, es singular la coexistencia de diferentes sedimentos o estratos tanto culturales, poblacionales como sociales, por ejemplo como lo es Candelaria que hoy sigue siendo una zona popular que colinda con el mercado de la Merced y con la

Cámara de Diputados, asentada en la avenida Congreso de la Unión, por donde se llega hasta La Viga, puerto o embarcadero fundamental para entender la configuración suroriental de la extinta isla, lugar de intercambio comercial, en donde los pueblos y productores de Xochimilco llegaban a vender en trajineras sus productos a la Merced todavía en las primeras décadas del siglo xx.

Aproximadamente a un kilómetro de ese histórico sitio de intercambio, como lo mencionamos anteriormente, los límites de la vieja Tenochtitlán al sur están en la actual calle Yunque calle paralela al Eje 2 Sur, Avenida del Taller, las cuales son adyacentes (y no con precisión la primera) a los linderos del viejo o antiguo otro islote. En dirección oriente este sendero urbano arqueológico nos conduce a otra de las principales calzadas prehispánicas, la calzada de Tlalpan, que conectaba las comunidades del sur de la cuenca con la capital tenochca. Sigue Chimalpopoca, y sin duda los edificios colapsados tanto en el terremoto del 19 de septiembre de 1985 como el de 2017, pueden evocar o hacernos imaginar todo el tiempo la fundación, basamentos constructivos y escombros postconquista, casi sobre contextos flotantes o aún hasta hace un siglo, redes o entramados acuíferos e hídricos, contaminados en el subsuelo, pero estructuralmente supervivientes de hace más de 6 siglos.

De allí, atravesando un segmento de la colonia Doctores para salir nuevamente Avenida Chapultepec y llegar al cuadrante de partida, se vuelve a visualizar el palimpsesto o sedimentación de todo tipo de escombros y estratos culturales, constructivos, políticos, simbólicos y también habitados en el día a día.

Esquemáticamente podemos reconocer el siguiente recorrido general que se aproxima a los linderos de la vieja Tenochtitlán, puesto que como lo argumentamos en *Reespacializar y redimensionar la traza insular*, geográficamente es posible reconocer linderos aproximados más no exactos:

Noroeste (Cuepopan). Eje 1 Norte (Mosqueta) a Insurgentes norte, esquina Insurgentes y Calzada San Simón a Vallejo, Calzada de la Ronda a Calzada de Guadalupe (Calzada de los Misterios), Eje 2 Norte (Avenida Canal del Norte) a Eje 1 Norte (Avenida del Trabajo)

Noreste (Atzacolco). Avenida Ferrocarril de Cintura a Emiliano Zapata, a Eje 2 Oriente (H. Congreso de la Unión).

Oriente (Teopan). Eje 2 Oriente (H. Congreso de la Unión) a Eje 2 Sur (Avenida del Taller). Sureste (Teopan) Eje 2 Sur (Avenida del Taller) a San Antonio Abad.

Suroeste (Teopan). San Antonio Abad a Lorenzo Bouturini a Lucas Alamán a Eje Central Lázaro Cárdenas, Dr. Liceaga a Avenida Niños Héroes, Dr. Lavista a Eje 1 Cuauhtémoc.

Poniente (Moyotlan). Eje 1 Cuauhtémoc a Eje 1 Poniente (Bucareli), Avenida de la Republica a Manuel Ramos Arizpe, Juan José Aldama a Pedro Moreno.

Norte (Cuepopan). Pedro Moreno a Eje 1 Poniente (Guerrero), Moctezuma a Avenida Paseo de la Reforma, Eje Central a Calle Sol, a Calle Aldama para intersectar una vez más a Eje 1 Norte (Mosqueta - Rayón).



Referencias bibliográficas

Barrera Rodríguez, Raúl, *Las exploraciones del Cuauhxicalco, el Huei Tzompantli, el Templo de Ehécatl-Quetzalcóatl, la Cancha de Juego de Pelota y el Calmécac* en Leonardo López Luján y Ximena Chávez Balderas (coords.), *Al pie del Templo Mayor de Tenochtitlán. Estudios en honor de Eduardo Matos Moctezuma*, 2 tomos, México, El Colegio Nacional, 2019, tomo I, pp. 87-113

Bernal, Ignacio. *Tenochtitlán en una isla*. FCE. Colecc. Lecturas Mexicanas, México, 1984.

Bancroft, Hubert H. *History of México*. Vol. I -1516-1521. A. L. Bancroft & Company. San Francisco, 1880.

Calnek, Edward E. *Conjunto urbano y modelo residencial en Tenochtitlán*. En *Ensayos sobre el desarrollo urbano de México*. SEPSETENTAS. México, 1974.

Chanfón Olmos, Carlos. *Tenochtitlán la Capital Mexica*, Cuadernos de Urbanismo, núm 1. División de Estudios del Posgrado de la Facultad de Arquitectura. UNAM. México. 1990.

Chimalpahin, Domingo. *Annals of his time: Don Domingo de San Antón Muñón Chimalpahin Quauhtlehuanitzin*. Traducción al inglés de James Lockhart, Susan Schroeder y Doris Namala. Stanford University Press, 2006.

The internal structure of Tenochtitlan, Published in: *The Valley of Mexico: studies in pre-Hispanic ecology and society*, edited by Eric R. Wolf. Albuquerque: University of New Mexico Press. 1976. 287-325 p. ill., map

Caso, Alfonso, *Los barrios antiguos de Tenochtitlán y Tlátelolco* en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, Tomo XV, núm. 1, enero-marzo 1956, pp. 7-63. *Códice Mendoza*. Lámina I (folio 2r). Versión digital del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Disponible en Internet en: <https://www.codicemendoza.inah.gob.mx/inicio.php?lang=spanish>

CONACULTA. *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan*. Colección Cien de México. México, 1988.

INAH. *Exploran chinampas y canales de un barrio de la antigua México-Tenochtitlán*, Coordinación Nacional de Arqueología, 4 de julio, 2016.

Clavigero, Francesco Saverio. *Storia Antica del Messico*. Tomo III. Libro IX. Per Gregorio Biasini. Cesena. Italia, 1780.

Cook, Sherburne F. y Simpson, Lesley B. *The Population of Central Mexico in the Sixteenth Century*. Berkeley. University of California Press. USA, 1948.

Dávalos, Marcela. *Los letrados interpretan la ciudad: los barrios de indios en el umbral de la Independencia*. Ed. INAH. México, 2009.

Departamento del Distrito Federal. *Evolución de la Ingeniería Sanitaria y Ambiental en México*. Dirección General de Construcción y Operación Hidráulica. Secretaría General de Obras. México. 1994.

Ferri, Pablo. *La ciudad no era como creíamos: detalles salvajes de la vieja Tenochtitlán* en *La serpiente emplumada*, El País. México. 2017

García Icazbalceta, Joaquín. *Colección de documentos para la Historia de México*. Tomo I. Librería de J. M. Andrade. México, 1858.

García Capistrán, *La ciudad de México-Tenochtitlan*, México, Noticonquista, <http://www.noticonquista.unam.mx/amoxtli/2074/2074>. Visto el 11/07/2021

Gómez de Orozco, Federico. *El Conquistador Anónimo*. *Revista de Historia Mexicana*. 2, N.º 3 (1953): 401-411

González Aparicio, Luis. *Plano reconstructivo de la región de Tenochtitlán*. SEP-INAH. Instituto Nacional de Antropología e Historia. 2ª Ed. México, 1980.

INAH, Revelan cómo se definió la primera traza de la ciudad novohispana, tras la caída de Tenochtitlan. Boletín N° 164, 4 de junio de 2019 consultado el 22 de octubre de 2021: <https://inah.gob.mx/boletines/8171-revelan-como-se-definio-la-primera-traza-de-la-ciudad-novohispana-tras-la-caida-de-tenochtitlan>

Jiménez Martínez, Eloy. *En torno a la superficie de México-Tenochtitlan en 1519*. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 25.1 (2019): 15-45

Johansson K., Patrick, *La fundación de México-Tenochtitlan. Consideraciones 'crono-lógicas'*, *Arqueología Mexicana*, núm. 135, pp. 70-77.

León-Portilla. Miguel, *Toltecatoytl. Aspectos de la cultura náhuatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, 466 p. ils. [1a. reimp., 2014].

Lombardo de Ruiz, Sonia. *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlán según las fuentes históricas*. SEP/INAH. 1ª Ed. México, 1973.

López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján, *Monte Sagrado-Templo Mayor*, México, INAH, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 2009.

Matos Moctezuma, Eduardo. *Tenochtitlán*. Ed. FCE-Colmex-Fideicomiso Historia de las Américas. México, 2006. *Tenochtitlán*, México, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Mundy, Bárbara. *La muerte de Tenochtitlán, la vida de México*. Ed. Grano de Sal. México, 2018.

Orozco y Berra, M. *Historia antigua y de la conquista de México*. Vol. IV. Tip. De Gonzalo Esteva. México, 1880.

Pérez-Rocha, Emma. *Ciudad en peligro: probanza sobre el desagüe general de la ciudad de México*, 1. ed. 148 p. México, D.F. Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996.

Rivera Cambas, Manuel. *México pintoresco, artístico y monumental*. Imprenta de la Reforma. México, 1882.

Rojas, J. L. *México Tenochtitlán. Economía y sociedad en el siglo XVI*. FCE. 2ª Ed. México, 1988.

Rovira Morgado, Rossend. «*San Francisco Padremeh: el temprano cabildo indio y las cuatro parcialidades de México-Tenochtitlán (1549-1599)*». Ed. CSIC. Madrid, 2017.

Sanders, W.T. 2000 *Tenochtitlan-Tlatelolco: A Pre-Hispanic Megalopolis*. Arqueología. historia y antropología. In memoriam. José Luis Lorenzo Bautista. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.

Sanders, W. T. and D.Webster 1988. *The Mesoamerican Urban Tradition*. American Anthropologist. vol. 90.

Soustelle, Jacques. *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*. Decimotercera Ed. FCE México, 2001.

Ternaux-Compans, Henri: *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir a` l'histoire de la découverte de l'Amérique, publiés pour la première fois en français. Second Recueil de pièces sur le Mexique*. Vol. XVI. pp. 191-192. A. Bertrand. París, 1840.

Toussaint, M. y otros. *Planos de la Ciudad de México, siglos XVI y XVII: estudio histórico, urbanístico y bibliográfico*. Ed. IIE. UNAM. México, 1938.

Capítulos de libros

Bernal García, M. Elena y García Zambrano, Angel J. *El altepetl colonial y sus antecedentes prehispánicos*. En *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo xvi*. Fernández Christlieb y García Zambrano (Coord). Fondo de Cultura Económica. Instituto de Geografía. UNAM. México, 2006.

Calnek, Edward E. *Conjunto urbano y modelo residencial en Tenochtitlán*. En *Ensayos sobre el desarrollo urbano de México*. SEPSETENTAS. México, 1974.

Hodge, Mary G. *When is a City-State? Archaeological Measures of Aztec City-States and Aztec City-State Systems*. In *Archaeology of City-States: Cross-Cultural Approaches*. Ed. Debora L. Nichols and Thomas H. Charlton. Smithsonian Institution Press. Washington DC, 1998.

El Conquistador Anónimo. *Relación de algunas cosas de la Nueva España, y de la gran ciudad de Temistitán México, escrita por un compañero de Hernán Cortés*, en García Icazbalceta, Joaquín. *Colección de documentos para la Historia de México*. Tomo I. Librería de J. M. Andrade. México, 1858.

Sanchez Vázquez, María de Jesús, y otros. *Tenochtitlán y Tlátelolco durante el Posclásico Tardío*. En *Ciudad excavada. Veinte años de arqueología de salvamento en la ciudad de México y su área metropolitana*. Coordinador López Wario, Luis Alberto. INAH. México, 2007.

Sanders, William T. *Tenochtitlán in 1519: A pre-industrial megalópolis*. En *The Aztec World*. Ed. Elizabeth Brumfiel and Gary M. Feinman. New York, 2008.

Sanders, William T. *Tenochtitlán-Tlátelolco: The Natural History of a City*. En: Alba Guadalupe Mastache, and Robert Cobean (Eds.). *Urbanism in Mesoamerica*. State College: The Pennsylvania State University, 2003.

Smith, Michael. *Aztec City-States*. In *A Comparative Study of Thirty City States Cultures*. Ed. Mogens Herman Hasen. The Royal Danish Academy of Sciences and Letters. Copenhagen, 2000.

Vaca Lorenzo, Angel. *Orígenes del servicio municipal de limpieza de Salamanca en tiempos de los Reyes Católicos*. En *Espacios de poder y formas sociales en la Edad Media*. Eds. Gregorio del Ser Quijano e Iñaki Martín Viso. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca. España, 2007.

Artículos en revistas

Carballal Staedler, Margarita y Flores Hernández, María. *Las calzadas prehispánicas de la Isla de México. Algunas consideraciones acerca de sus funciones*. Arqueología. Revista de Arqueología del INAH. Nueva Época, 1, (1989): 71-80.

Carrera Stampa, Manuel. *Planos de la Ciudad de México desde 1521 hasta nuestros días*, Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, Vol. 67, número 2, (1949): 265-429.

Caso Andrade, Alfonso. *Los barrios antiguos de Tenochtitlán y Tláteolco*. Memorias de la Academia Mexicana de la Historia. Tomo XV. México, 1956.

Garza Martínez, Valentina. *Medidas y caminos en la época colonial: expediciones, visitas y viajes al norte de la Nueva España (siglos XVI-XVIII)*. Fronteras de la Historia, 17, núm. 2, (2012): 191-219.

Gómez de Orozco, Federico. *El Conquistador Anónimo*. Revista de Historia Mexicana. 2, N.º 3 (1953): 401-411.

Jimenez, Joel y Bracamontes, Alicia. *Sistema de cimentación en la isla de los perros*, Revista Gremium No. 6, México, 2016.

Mazzetto, Elena. *Mitos y recorridos divinos en la veintena de panquetzalitzli*, en revista Trace (Travaux et Recherches dans les Amériques du Centre). Núm. 75 (2019).

Rovira Morgado, Rossend. *De pueblos a barrios: reconfiguraciones espaciales y administrativas en la frontera sur de la isla de México-Tenochtitlán durante las décadas de 1550 y 1560*. Anuario de historia Regional y de las Fronteras. 21, N° 1. (2016): 15-49.

Smith, Michael. *City Size in Late Postclassic Mesoamerica*. En 'Journal of Urban History'. Vol. 31 No. 4, (2005): 403-434. William T. Sanders and David Webster. *The Mesoamerican Urban Tradition*. American Anthropologist. New Series, 90. N° 3 (1988): 521-546.

EL CORAZÓN SAGRADO DE LA ISLA

TENOCHTILÁN-CENTRO HISTÓRICO

LA MEMORIA DE LA ISLA EN EL CORAZÓN DEL CENTRO HISTÓRICO

Editado por el
Fideicomiso Centro Histórico de la Ciudad de México.
República de Brasil 74, Centro Histórico.
C.P. 06010. Ciudad de México.
Esta publicación se terminó de imprimir en marzo de 2022.

EJEMPLAR GRATUITO

EL CORAZÓN SAGRADO DE LA ISLA

TENOCHTILÁN-CENTRO HISTÓRICO

LA MEMORIA DE LA ISLA EN EL CORAZÓN DEL CENTRO HISTÓRICO



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO

fideicomiso
CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO

CIUDAD INNOVADORA
Y DE DERECHOS